

MARCOS F. ARREDONDO

CROQUIS
BONAERENSES



BUENOS AIRES

TIPOGRAFIA DE «LA VASCONIA»

1896

PRÓLOGO

El absolutismo del alma, la rebelión cerebral, la total anarquía de la sensibilidad, la visión exclusiva, la razón individual, el análisis libérrimo y el espíritu regularmente desquiciado por el tormento de la duda, son, á juicio mio, los elementos en que se basa la personalidad del artista original. El arte puro es la emanación pura del alma enteramente autónoma, sin que esta autonomía esté cimentada en la posesión de las ideas adquiridas, ni sea una consecuencia de la aspiración mental á ser comparsa de una determinada religión estética. La sensación artística lleva consigo un prin-

cipio de recóndita soberbia que impide al hombre que cultiva el arte, fatalmente movido por las vibraciones de su espíritu, reclutarse bajo ningún pabellón, ni ser oyente de ningún oráculo, ni discípulo de ningún maestro, ni alumno de ninguna cátedra donde se amase el arte como la comuña en los estrechos límites de la artesa. El arte, como emoción interna, no puede ser sometido á molles, ni es susceptible, en su esencia, de ser regido por preceptos fijos, como no es posible codificar los ensueños, ni reglamentar las palpitaciones, ni estatuir los impulsos de la sangre.

Cierto que el estudio fortalece el juicio, dá firmeza á las altas operaciones de la razón y hasta contribuye, especialmente al estudio de los trágicos y de los poetas, al mayor desarrollo de la sensibilidad nativa; pero también es verdad que aquellos que no se conmuevan oyendo las aflu-tadas modulaciones del mirlo en las chumas de un guindo, ó el amante arrullo de los palomos que reciben las primicias del sol en las ruinosas cornisas de los templos, nunca sus almas podrán experimentar el dulce embeleso ni gozar de la sublime poesía que encierran las sonatas de Bethoven. Y aquellos otros que no se estremezcan de pena cuando á su lado vean pasar á la enlutada huérfana ó á la viuda prematura, anegados lo

ojos por el llanto consagrado á sus amores tronchados en la plenitud del deleite espiritual, inútil será que pretendan desarrollar en su alma la sensación dramática con atracones de lecturas shakespearianas.

El sentimiento se dilata en quien le tiene, pero nunca podrá adquirirle por contagio quien no le tenga nativo, de igual modo que le es imposible á la ciencia llevar la luz á las entenebreccidas cuencas de los ciegos de nacimiento. No está el secreto del arte en saber cómo le sintieron los grandes autores, sinó en tener la estructura espiritual y los dones de inteligencia que se requieren para sentirlo por sí mismo.

El sentimiento artistico adquirido por trasmisión, es como un préstamo de sensibilidad que dá al espíritu una vida de reflejos. De tal estado podrá nacer una asimilación ingeniosa si el artista tiene algo de talento; pero nunca el arte original y exclusivo, que es emanación del modo peculiar con que en las almas elegidas surge la belleza por la recreación propia en presencia del mundo ostensible, y por las sensaciones desarrolladas como consecuencia de un alto y único ejercicio mental.

De aquí se deduce, según mi pobre entender, que en literatura, por ejemplo, deben ser tantas las escuelas como verda-

deros escritores originales existan. La clasificación por grupos obedece, no á un modo absoluto de la naturaleza artística de cada escritor, sino á la tendencia predominante en cada época. Como prueba de este aserto, tómesese cualquier prolucción del insigne Hugo, y entre sus maravillosas páginas se hallarán elementos de índole diversa, aunque fuera el romanticismo el rasgo saliente de su personalidad. Pero el romanticismo, el realismo y demás formas que en menor escala existen en sus gallardísimas obras, son una manera especial y única de aquel coloso del arte, no pareciéndose en nada á lo existente cuando él escribió, y pareciéndose mucho menos á él los que no encontrando en su alma bastante riqueza de sentimiento, ni suficiente luz en su cerebro, han pretendido asimilarse á su estílo. manía inveterada en todos los seres sugestibles dentro del arte, y ávidos de renombre en el seno de la sociedad. Estos prógimos de la literatura son lo que podríamos llamar maestros de escuela malogrados, porque, aunque tengan puntillas de artista, no son mas que simples transmisores de lo que han aprendido, y eso siempre que se tengan aptitudes digestibles, porque se vé por ahí cada cólico miserere intelectual....!

Y lo dicho con respecto á Hugo, es igualmente aplicable en lo que concierne

á Zola. El éxito de su naturalismo pesimista, (escuela que implica la posesión de la mitad de la verdad) ha seducido á muchas crias flojas de este arte moderno, de las cuales solo han brotado inmundicias pornográficas, sin el ideal, ni la profunda filosofía, ni la fuerza relatante, ni el fin altamente moral emanado del estupendo cerebro y del altísimo espíritu del cien mil veces ilustre autor de GERMINAL. Los que han recostado su entendimiento hácia el amargo humorismo de Daudet, se han convertido en adocenados escritores festivos, insoportable turba de frívolos que representan en la escena literaria lo que los payasos y cachidiablos en el picadero de los circos. Igual cosa sucede con los inclinados al realismo verista de Pérez Galdos, el más grande de los escritores españoles después de Cervantes, y cuyos libros han ejercido una influencia enorme en las evoluciones antifanáticas de la sociedad española. Todos los que pretendan seguir en la madre patria á este genio de la novela moderna, pueden irse convenciendo de la inutilidad de sus afanes, porque los gorriones, por muy gorriones que sean, nunca saldrán del alero á la calle y de la calle al alero. Solo las águilas pueden cernir sus alas y elevar el vuelo hasta las nubes.

La asimilación supone falta de fuerza; y la obra artística asimilada á otra, es

más hija de las elaboraciones del cálculo que de las espontaneidades del sentimiento. Falta en ellas la sinceridad, que es, á mi corto ver, la condición principal y casi imprescindible del Arte. Por muy habilidoso que sea el escritor en los recursos del estilo, nunca podrá hacer obra duradera, porque, como ha dicho Armando Palacio Valdés, el novelista español más popular entre ingleses y yankees, y además notabilísimo estético, “nadie trasmite lo no sentido,” verdad tan positiva como la de que nadie dá lo que no posee.

De cuantas teorías estéticas conozco, incluso las profundas de Hegel y las laberínticas de Hebart, ninguna me parece tan alta y verdadera como la encerrada en este sencilló axioma del malogrado crítico musical Peña y Goñi: “Aquél que vierta su corazón en una página, dejará más que el que se haya disfrazado en cien volúmenes.”

Y como no pretendo, ni aunque lo pretendiera tengo alientos para fundar ningún sistema nuevo de estética literaria, al momento me salgo de tan enmarañadas y tortuosas encrucijadas, para decir cuatro palabras á propósito de esta colección de artículos de costumbres bonaerenses y sobre el jóven autor que los ha escrito, el cual, fuerza es decirlo, ha fundado, con relación á nuestro ambiente, un género descriptivo que merece la aten-

ción del escaso número de elegidos, que en ésta sociedad bursátil y agrícola, sienten un poco de amor por las nobles luchas de la inteligencia y del Arte.

* * *

Afirmaba el señor Plutarco, con aquel tono peripatético y dogmático usado por los antiguos sabientes, que “la pintura debe ser una poesía silenciosa, y la poesía una pintura parlante.” Posible es que Arredondo no haya topado en sus lecturas con este elemental principio del arte, reproducido en todos los mamotreos lanzados á la indiferencia pública por los ratones de biblioteca; pero si no lo ha visto, siéntelo dentro de sí, llevado de su innata intuición artística, por lo cual, en el órden sensible, hállase tan compenetrado con la teoría como el mismo sábio que la fundó. Hay pastores que no saben leer, y sin embargo, piensan sobre muchas cosas exactamente igual que la Biblia. En el inconcreto Arte de la música, el piar lamentoso de la golondrina cuando le derrumban su nido y con él sus hijos que expiran en el suelo, es una melodía fúnebre mucho más intensamente dolorosa que la soberbia sinfo-

nía con que Wagner recibió en las playas de Dresde el cadáver de Weber.

En la naturaleza de Arredondo reside la emoción artística en un grado hondísimo. Su forma relatante resulta original, porque es exclusiva y propia, dentro siempre de un principio de verdad, su manera de ver y sentir en presencia de la vida y de los sucesos que la agitan.

La pintura exterior de los tipos es la facultad descollante del género narrativo de Arredondo. No es posible condensar mayor movimiento en los estrechos límites de un artículo de periódico que ha ocupado cada croquis. El bajo pueblo, que es casi siempre el preferido en sus narraciones, está admirablemente pintado, y parece que á través de las líneas, adquiriera el lector la ilusión de verle en su incesante estrépito, ejerciendo sus bajos oficios, siempre respingoso, bullanguero, con su lenguaje plagado de escoriosidades, burdamente malicioso, vestido con trajes puramente teóricos, cuya comprensión se adquiere, más por los pedazos de tela ausentes que por los que existen. Todo gira y se mueve al turbulento compás que caracteriza á la záfia plebe, eternamente irreflexiva y atrocemente inculta.

Entre la colección de croquis que compone este libro, hay algunos de verdadera fuerza descriptiva. Así pueden considerarse EL VERDI, nombre de un café can-

tante donde lo más comedido que allí hace el bagualesco público, es relinchar; EL CONVENTILLO, conjunto de cotarros y pocilgas en que se albergan elementos de todas las razas y se riñe en todos los idiomas, dialectos y gergas; LA ÓPERA, otro artículo de índole diversa á los citados, es también notable, tanto por la descripción de nuestro gran coliseo, cuanto por el relieve resaltante dado á las hermosísimas mujeres que exhiben en aquella sala, plagada de terciopelos, vidrios y luces, sus morbideces espléndidas y los maravillosos bustos en cuyos senos porcelanescos residen las rojas ascuas de todas las ansiedades, morales y físicas, las picaduras del amor propio, los anhelos posesorios nunca satisfechos, las ambiciones de lucimiento y de viso... todas esas martirizantes pasiones disfrazadas con una sonrisa muy semejante á la que produce el ajenjo; ansiedades y pasiones sometidas á la inflexible moderación impuesta por las exigencias del rango y por la obligación tácita del soporte mútuo.

La pintura de LA BOCA con su población apestosa, sus edificios inverosímiles, construidos con cabrios y tablones putrefactos, montados sobre aguachas capaces de albergar desde la rana hasta el cetáceo; una población que parece la idea representativa de la confederación marítima universal, es otro de los interesantes

artículos incluido en esta colección. El aspecto de la ría, sobre cuya superficie flamea el simbólico traperío de todas las matrículas; el tupido bosque que forman las arboladuras del bajel y la gabarra, del bergantín, el vapor y el buque de guerra; la taciturnidad y el duro gesto de esos connaturalizados con los ciclones y las borrascas, que dirigen al cielo la mirada de sus ojos sin las pestañas que se comieron las brisas salitrosas, para buscar en la cerulescente inmensidad la hendidura que ha de abrir paso á la tormenta, y con ella á la desesperada muerte del naufrago... todo, en fin, de lo que constituye la triste existencia y los ansiosos afanes de la marinería, resaltan con sumo vigor en este artículo de singular belleza naturalista.

Y es que Arredondo posee lo que se llama don de ver. Pinta sin esfuerzo, con admirable espontaneidad, porque en su naturaleza, exquisitamente sensible, repercuten todos los movimientos de la vida exterior. Agréguese á tal condición su entendimiento repentista, que es algo semejante á la explosiva llamarada de la pólvora. Si álguien me exigiera sintetizar en un solo sér ese extraordinario despejo, (un poco aturdido), esa celeridad de pensamiento y de comprensión que caracteriza á los meridionales de América, y, muy especialmente, á los hijos de Buenos

Aires, que sin salir de su pueblo se codean con lo más selecto del Universo en materia de audacia, exaltación cerebral y ausencia de aprensión, de donde resulta que en la capital Argentina es preferible ser cojo, derrengado y manco ántes que tonto; si álguien, repito, me exigiera tal síntesis, inmediatamente presentaría, como encarnación genuina del tipo bonaerense, al autor de estos "croquis". Unos nervios que parecen formados con rabos de lagartijas, constituyen su temperamento de torbellino, y un cerebro argavieso es el inagotable y bullente manantial de su facundia periodística.

Formado en la prensa, en el fragor de esa lucha cuyos paladines han de concurrir al combate con más agilidad de piernas que solidez de raciocinio, porque á la sociedad presente importa más el hecho que la teoría, cuenta Arredondo en su carrera con verdaderos triunfos informativos que le han acreditado de periodista experto y dotado de actividad insuperable, obligándole, por explicable ley de afección, á encarnar su vida en la hoja que le arrancó de la oscuridad y presentó al público su nombre.

No sé quién ha dicho que los periodistas no tendrían nada que hacer si los demás hombres se estuvieran quietos. Pero ésto no reza con Arredondo, porque á tal extremo llega su fuerza de invención, que

sería muy capaz de hacer un diario, plagado de noticias y sucesos, en la cúspide de un cerro donde no se oyera un solo rumor humano.

Reñido en absoluto con la Psicología, la Filosofía y la Metafísica, trinidad científica que enseña á ignorar sapientemente, y que tiene la incertidumbre por extremo de sus quintesenciadas deducciones analíticas, no se hallará en esta série de artículos la reflexión honda que conduce á las tinieblas en que se pierden el pensamiento y el espíritu, cuando el hombre, orgulloso de su poder racional, pretende ultrapasar la línea marcada por el Autor incomprendible y de poder omnímodo, entre el misterio eterno y la parte de certeza inseguramente cimentada en la po-brísima relatividad de la humana condición investigadora. La pasión artística del joven escritor es pintar, condensando, en páginas de un humorismo entre alegre y amargo, la vida real en la parte de su movimiento puramente físico. No entiende ni quiere entender otra clase de verdades que las llegadas á su cerebro con el simple auxilio de la vista. Detesta la vida encerrada en los inmensos y desolados estepares de la idea, en que el hombre es puramente ontológico, y ama el realismo con todo su elemento dramático y limitados deleites.

Arredondo es joven (apenas cuenta 22

años); ama la literatura como al más sagrado de los cultos; reside infinito caudal de sensibilidad en su espíritu, y no faltan en su cerebro las reverberaciones de la luz, con todo lo cual es muy posible que logre poner el sello de la perpetuidad á sus páginas venideras.

Y ahora, para terminar, vaya una palabra de ánimo á toda la cofradía de escritores y artistas, que entre otros méritos, posee el valor para aceptar una vida de penurias en medio de una sociedad en que son opulentos hasta aquellos seres sobre cuyo entendimiento y cultura espiritual se podría fundar una teoría análoga á la de Darwin, con la diferencia de aumentar el tamaño del que dió origen á semejante especie.

Pero nada importa, queridos cofrades. Cuando surja de Buenos Aires, no una simple revolución en las letras castellanas, como algunos creen, sino una literatura vigorosa que lleve al concierto literario del Orbe la fuerza calcinadora de éste sol, la grandiosidad de esta naturaleza y la compleja faz de un pueblo elaborado con la valiente sangre del inmigrante originario de todas las razas, entonces puede que alguien bendiga á los que pusimos el primer granito de arena en el futuro y magno edificio de la literatura Sur-americana.

Por ahora, marchamos solos, cual re-

signados peregrinos. Volvemos atrás los ojos, y nadie nos sigue, y muy pocos nos escuchan, porque todos tienen atenta la mirada en la fertilidad de la tierra, en la enorme procreación ovina y bovina, en las luchas del viso político, en el anhelo posesorio de bienes tangibles.

Nada importa. ¡Adelante! Sólo estaba Jesucristo cuando empezó la sublime lucha de la redención. Doce hombres le siguieron luego; y al fin, con el poder de su mente hizo dueño de los cerebros todos del mundo; y con el estupendo espectáculo de su trágica inmolación, cuyas fueron todas las almas sensibles.

Marchemos abrazados al Arte, que es como vivir entre los brazos de Dios... porque el Arte es la esencia del mismo Dios...

F. GRANDMONTAGNE.

Buenos Aires, 14 de Enero de 1897.

A mi madre

EL PASEO DE JULIO

EL PASEO DE JULIO

Es día de fiesta y por consiguiente día de gala para el Paseo de Julio.

Funcionan los órganos de las casas de vistas, las orquestas callejeras, el martillo de los rematadores, los tiros á la argolla, el fonógrafo y el kinetoscopio, las ruletas ambulantes, los teatros mágicos, y la cadena interminable de los bulliciosos *chantans*.

Es día de fiesta.

Una inmensa avalancha humana puebla la recoba y bajo un coro entrecortado y confuso se desliza en la tarde de aquel día estival. Una fresca brisa llega del lejano río y á su leve impulso se doblan las hojas de los árboles, se sacuden las banderas de los remates, y se hinchan las velas de los barcos que en notable confusión se levantan de los diques.

Un vocerío ensordecedor, una baranda infernal flota en la atmósfera, y una mescolanza de todos los idiomas y dialectos se percibe á distancia, salpicada de alegres y extravagantes notas.

Silban las máquinas de los trenes y como relámpagos unas llegan y otras salen; se oye el anuncio vibrante y estremecedor de los vapores que se alistán para zarpar, se percibe el chillido agudo de cuanto industrial ha instalado su tienda de campaña y pregona su comercio á grito de muerte: hacen explosión los cohetes de aparato y las bombas de estallido con que Kalisy anuncia la inauguración de la gran tela de la batalla de Cuba; y cerrando el cuadro, se vé á un ejército de sucios prógimos de Turquía que ofrecen en venta sus baratijas, después de insinuarse de mil maneras y de apelar á cuanto recurso pueda ser el secreto del próximo negocio; todos de repulsivo aspecto, con esa exterioridad harapienta que es nota saliente en la mayoría.

Y es variado el espectáculo! Allí, en la trastienda oscura, teatro de sus proezas, entre los enormes muros, junto á los cuales se levantan cien cascos de *kianti* legítimo, se termina la jugada de un día entero y se apuntan los úl-

timos tantos de la pintoresca *murra*, cuyas oscilaciones interminables excitan el espíritu impresionable de media docena de afanados comensales; allá en el "Giardino di Varesse," á la sombra protectora de una série de anémicos arbustos, el *tejo* del *sapo* describe sus curvas en el aire y deja oír el ruido persistente que produce, al entrar en las casillas de las *docenas*; á otro lado, en medio de un apiñado grupo de gente del chambergo clásico combado y requintado y en medio de sus ocurrencias originales, las *bochas* se entrechocan sordamente y las apuestas se quintuplican entre los acordes de una milonga del barrio y el alegre acompañamiento de sus admiradores, y, á un extremo y á otro se observan nuevos cuadros, pinturas acabadas de aquel delicioso escenario.

La recoba, de gala, tiene un aspecto que encanta: filas de gallardetes, bombas de colores, globos chinescos, faroles de fantasía, todo pendiente de infinidad de hilos que se cruzan y se confunden imitando el complicado cordaje de un gran navío.

Allá á distancia, sobre el azulado fondo del cielo, dibujando el extraño perfil de sus siluetas y asomando por entre, un hacinamiento de cúpulas y torres se pierden á la vista los prime-

ros edificios de la metrópoli, que forman en aquel desfile interminable una muralla gigantesca que mira al río y se alza con las pretensiones de un colosal muro inaccesible.—La vetusta, la histórica recoba, apoyada en la sérié de sus pilares monstruosos, es el pasatiempo obligado de la multitud dominiguera y el teatro de sus manifiestas predilecciones.

La música alegre y realza la variedad asombrosa de los espectáculos: las orquestas ambulantes,—esos famosos *tercetos* de la gaita, el bombo y la muñeira, cuyos intérpretes—el marido, la mujer y el hijo—tres *artistas* habilísimos,—hacen prodigios con los brazos, las piernas y la cabeza;—la música de los *chantants*, esa que se oye entre atronadores palmoteos y aclamaciones incesantes, escuchada por comensales de todo calibre, mil veces interrumpida y otras tantas empezada de nuevo;—los formidables golpes de las orquestas de “Marianini” y “Trappisconi” y la voz dulcísima de una diva que es la Santuzza enternedora de Mascagni—¡Dios la perdone!—la sonata chillona y perforante, que se escapa—en nombre de la caridad,—de la caja de un ciego, centinela avanzado del ejército de mendigos que pupulan por el barrio; los pianos de las casas de re-

mates, los armoniums de las casas de vistas, los acordeones y las desairadas guitarras de criollos de dudoso cuño que se ganan el día cantándole décimas á la patrona de los marineros; y finalmente tantos otros que se oyen y escandalizan, son la nota permanente del inquieto boulevard y la *reclame* constante de su vecindario.

Allí se ejecuta á cuatro manos por dos envejecidos *gurupies* de aire solemne y grave un trozo de "Gioconda" y á su compás se *quema* un mal reloj plaqué por un gran cronómetro de oro; mas allá en la casa vecina, se cantan las cigarreras de "Madrid á París"; en la casa de la derecha, un hombre alto como un gigante, grita, gesticula y se enoja y atropella á la concurrencia con una proclama revolucionaria que invita á pasar adelante y conocer "los últimos momentos de D. Pedro II" el "atentado contra Crispi" y el "naufragio del vapor "Macana" sobre las rocas de cualquier costa.

Un cordón de comerciantes con sus canastos ó sus vitrinas apoyadas sobre mostradores de mano, venden *maní* tostado, chorizos á la *parrilla*, pejerreyes fritos, castañas, cocretas, buñuelos y el clásico *fainá* del tamaño de una luna. Hay público en las casas de tiro á la pistola, de tiro á la

argolla, en el fonógrafo y en el kine-
toscopio y se pasean fotografías ambu-
lantes, adivinos y adivinas; y se cuen-
ta lo del "legado del tío", la "dona-
ción del testamento" y muchas otras
cosas que allí tienen ancho campo pa-
ra desarrollarse con felicidad.

Cuando la tarde termina, el Paseo
de Julio enciende sus luces y se pre-
para para las fiestas de la noche.



EL TARTAGAL....

EL TARTAGAL....

La reunión triunfaba.

La diplomacia, la magistratura, las ciencias, las letras, el diarismo...

Un enjambre humano en incesante movimiento; senadores, diputados, directores de Banco, gobernadores de provincias, dos generales de la nación paseándose del brazo, todo el directorio de *La Giradora*, el presidente de un comité de parroquia, diaristas asalariados, oscuros caudillejos rurales, seis ensoberbecidos tinterillos del Ministerio del Interior, varias dignidades de la Iglesia, miembros de la alta banca, empleados de la administración pública, un desfile bullente, fastuoso, un enjambre humano en incesante movimiento...

Todo se agitaba, todo se movía en aquella inundación de luz.

En los corredores, en los vestíbulos grandes arañas con sus docenas de lámparas encendidas, una verdadera lluvia de reflejos y rayos que caían limpios y regulares sobre los muros de mármol, los desahogados descansos, los jarrones de alabastro, sobre las blancas escaleras, la série aquella de bronces que modelaban cien figuras inaulitas: la Moral asaltada bajo el sol por una banda de fariseos; la Política con su adusto ropaje hecho trizas, arrancado por las uñas hambrientas de aquel enjambre de hombres sin conciencia, escarnecida como la Honradez que tenía la frente caída en la sombra, agobiada bajo el peso de sus sangrientos ultrajes; las guirnaldas simbólicas, los racimos de las lámparas de cristal cuajado, los arabescos de los techos donde resplandecían trozos de la naturaleza muerta llevados como un vejámen de arte hasta los muros de aquel palacio infernal.

Los sirvientes, un ejército de negros retintos, metidos en las irreprochables libreas de azul prusia, con una docena de metálicos botones amarillos, algunos de frac, van y vienen, cruzan un salón, se pierden á lo largo de un patio, aparecen y desaparecen, agitados

con los ojos muy abiertos, llenos de afectadas cortesías, doblando las cinturas, inclinando las cabezas, flanqueando los costados de la gran portada abierta á los invitados que llegan sin cesar, á la carrera de las soberbias yuntas de rusos y normandos, que vienen golpeando la calzada de mosaico bajo el ritmo acompasado de sus cascos...

¡Seguid triunfando en la ruidosa balcanal, señores del moderno régimen; dilapidad el tesoro de los bancos, vaciad sus arcas en las faltriqueras de vuestros intachables fracs; cargad con la maleta de vuestros famosos descuentos; seguid, señores, vuestra obra de demolición, y no detengais el oído en el rumor de los escombros, en el clamor de vuestras víctimas!...

Allí estaba el Dr. Willer, el ex-ministro del Dr. Desastres. sanguíneo abotagado, ultimando entre la nube de un monterrey legítimo el negocio de las cuatrocientas leguas cedidas al sindicato presidido por una antigua *prima donna* de Ferretti, el empresario: allí, indolentemente repantigado cerca del *fumoir*, cuchicheando al oído de ese almirante lleno de franjas y colorinches, cuya carrera acaba de concluir entre sombras, distinguid á Gramela, el *leader* de la Cámara, partidario de las

emisiones, envejecido deudor de los bancos, cuya palabra siempre hueca tiene el efímero brillo de una capa de barniz; distinguido, ha cruzado las piernas, una mano conserva en la abertura de su chaleco, mientras desliza la palma de la otra por la desordenada onda negra que se derrama sobre su frente....

Dejad de lado la oscura turba de aquellos mozalvetes, amanerados, plebeyos, perdidos en sus levitas de verdosos ribetes, que tienen la lengua atada y las piernas entumecidas, "convertidos durante la noche entera en una especie de entredós de puerta", víctimas de la escudriñadora mirada de todo el mundo, sufragantes incondicionales, aspirantes á una banca cualquiera de la administración pública; dejadlos allí, en su círculo, ahogados, estupefactos, de caras patibularias, murmurando sordamente el nombre de los que llegan y pasan por delante de ellos, envolviéndoles en una mirada compasiva; dejadlos, que aunque os asombre, ellos también tienen en la faltriquera de sus vestimentas teñidas, la tarjeta de caracteres dorados, que les invita á los festejos de la silenciosa noche....

Todo se mueve, todo gira bajo la claridad que cae de las inmensas arañas y se desborda á lo largo de las

salas, espléndidas, maravillosas, donde los ruidos se ahogan en los floreados alfombrados persas, coronados por el fastuoso despliegue de las cortinas de terciopelo granate que se desploman de las galerías.

No intentéis alcanzar á descubrir con la vista lo que pueda existir allí debajo de aquella blanca pechera que luce dos perlas engarzadas, pero reconoced en ese apuesto caballero de ajustado zapato charolado, que defiende su ceguera con el doble vidrio de sus lentes, el célebre Canutillos, al hábil director del banco de *Las Transacciones*, secretario de S. E., artista de correctísimas formas, cuyo arrogante busto tantas veces habreis visto asomar desde el balcón del comité de su parroquia, solicitado por la destemplada manifestación de los basureros y los buzos municipales; no lo sorprendais con la mirada, que en esos momentos el doctor aguza su ingenio, buscando la clave que dé con el secreto de hacerle propietario de cien leguas en los territorios nacionales....

¡Cómo se agachan las cabezas y se doblan las cinturas, bajo la imperceptible comba de las pecheras que á veces tiemblan de risa!

Observad el salón: los grandes espejos de fantásticas lunas cubren las

paredes, encuadrados en sus anchos y bruñidos marcos, una série de broncees reproducen las graves fisonomias de los felices antecesores del Dr. Desastres, una série de bustos, con basamentos afelpados, asentados sobre descansos de ébano, mientras que las grandes vidrieras reflejan la luz de las bujías y las lámparas rosadas, reproduciendo aquel oleaje de pecheras blancas, de lustrosos peinados, de modeladas ó de firmes testas descubiertas únicamente por la calvicie...

Ved aquella multitud ostentosa, repartida en vistosos grupos, rumorosos, cuchicheando los unos, estirados, silenciosos los otros, agrupados, apiñados, confundidos, ora de pié, sonriendo, gesticulando, ora indolentemente arrellenados en la sillería de blandos respaldos, murmurando al oído, dialogando en voz casi imperceptible, muy satisfechos, muy colmados, muy interesantes....

Fijaos en los del salón de la presidencia y veréis al ministro mas famoso de aquellos tiempos, rodeado de homenajes y cumplidos, partidario exaltado de las emisiones clandestinas, arriesgado especulador bursátil, un caballero muy echado para atrás, que hace desternillar de risa al proveedor Charlini, su confidente, su sòcio, un

italiano de manotas abultadas y velludas, que llegó al país haciendo relampaguear las herraduras de sus zapatos descomunales á quien hoy se le llama pomposamente el *marquès de Charlini*; distinguid en el de la izquierda al gobernador Patil, acabado representante del sistema, autor de todos los súcios enjuages electorales de su provincia; en el de la derecha, al director de *La Opinión*, un dómine un pelafustán cualquiera, que hoy empuña la pluma como en otros tiempos supo esgrimir el arma de sus verdaderos triunfos,—la trincheta; era zapatero,—defensor inquebrantable de todos los escándalos de la época...

¡Abrazos efusivos, suaves palmadas al pasar, sólidos apretones de manos, elogios extemporáneos, admiraciones cortesananas, todo afectado, todo calculado, una mentira todo!...

Aquel que agasaja, adula y se rinde á los piés del doctor Canutillo, persigue como á la única salvación de su vida, una fácil y holgada proveeduría naval; ese otro que ha logrado arrinconarse á dos directores de Banco, ha conseguido un respetable descuento sobre unos campos imaginarios; el de mas allá, será nombrado pasado mañana para ocupar un puesto espléndidamente rentado; este que habla y ha-

ce mil muecas espeluznantes, saldrá la noche siguiente, como enviado de las altas potencias, á ganar en la capital de Tartagal las elecciones de diputados nacionales...

Las diez de la noche.

S. E. acaba de franquear los umbrales del palacio, saludado por el arco de los violines, homenaje de la orquesta, instalada allá abajo, en un gran salón del palacio, hasta donde no llegan los rumores del festín.



LA PLAZA VICTORIA

LA PLAZA VICTORIA

Un día gris, profundamente gris con un cielo de grandes nubarrones inmóviles. Una atmósfera de fuego y un aire de plomo, hirviente. Sobre el fondo de aquella decoración recién pintada, robando al río un pedazo de difuso azul, el palacio de gobierno recortaba su silueta de caprichosas líneas, erguía su figura de gigante y estiraba su colosal fachada pintada de rosa. La Estación Central, con ese exterior aspecto de jaula vieja, raquítica y contrahecha, se perdía en la última calle de Buenos Aires, desapareciendo en una eterna nube de humo. A la izquierda, con todas las apariencias de una tumba en ruinas, vieja y descolorida, escondiendo su máscara huraña, la po-

bre Aduana, de una fealdad lastimosa, chata y deforme, se borraba en la oscuridad, mientras que á la derecha, la Bolsa, la casa de los ruidos, con su elegante edificio recargado de ornamentos, se levantaba atestada de gente, en medio de un coro de gritos, rumores y maldiciones...

Acababan de dar las tres en las esferas de San Ignacio, cuyas torres, pintadas de blanco, asomaban desde lejos sobre el tormentoso fondo del cielo.

Se notaba á esa hora un movimiento inusitado.

Una muchedumbre enorme asaltaba las calles centrales y á través de su marcha atareada y ruinorosa, en medio de aquel desfile interminable de tipos y de figuras, cuyas caras graves ó apacibles, cuyas fisonomías callejeras ó vulgares, resaltaban sobre el tono abigarrado de los trajes; el barrio de la plaza tenía esa tarde todo el aspecto de sus horas extraordinarias.

Se sentía un calor bochornoso, un calor de incendio: leves rátagas cálidas llegaban del río agitando el enfermizo follaje de los árboles que ribeteaban la plaza y remontando las pintarrajeadas banderas de los remates que se levantaban de la recoba.

En la estación, aturdiéndose bajo

aquel coro de silbatos roncós y prolongados, chillones y extentóreos, se revolvió un enjambre de gente, y las zorras de mano llenas de bultos, los carros atestados de equipajes, los changadores cargados de encomiendas, corrían y se atropellaban por entre aquel laberinto de coches de alquiler, súcios y desmazalados, que bajaban la calle á la disparada de sus jamelgos hambrientos.

En el barrio de la plaza, otra avalancha, otra algarabía, mil escenas del bullicio callejero con sus atractivos invariables, sus notas salientes y características.

Aquí y allá vendedores de diarios que aparecen y desaparecen sin cesar, que cruzan como relámpagos en todas direcciones, colgándose de los tranways, prendiéndose de los coches; ilustradores de botas en grupos diseminados salpicando la recoba, rotosos y harapientos, con las caras á medio pintar, unos sentados sobre las cajas repiqueteando con sus cepillos, otros empeñados en encarnizados combates golpeándose con las mismas cajas en medio de sus llantos y chillidos; expendedores de loterías clandestinas y de libros inmorales que se deslizan furtivamente antes de ofrecer sus mercancías; inventores de notables espe-

oíficos y autores de prodigiosos descubrimientos, con sus extrañas figuras blancos de la farsa y de la risa, rodeados de un público que estimula sus proclamas y se divierte ruidosamente á costa de ellas.

A muy poca distancia, mirando al río, asoma un laberinto de vergas y de mástiles, y por entre la blanca serie de las casillas del puerto y las máquinas que cruzan arrastrando largos convoyes cargados de tierra, aparecen los diques atestados de vapores y barcos de vela.

Allá junto al boquete de la avenida de los palacios, amenazando rozar las nubes con sus torres altas y seguras la Municipalidad levantaba su edificio de dos caras, grande y delgado, sencillo y elegante, y cerca de ella, describiendo la antiguada curva de su arquitectura de cien años,—la Catedral, se levantaba en silencio á la sombra de sus muros coloniales.

En el centro de la plaza, asaltando sus bancos plagados de hombres que no tienen domicilio, correteando de un extremo á otro, un inquieto enjambre de pilluelos diaristas y lustradores hacían blanco de sus fechorías á dos infelices bohemios, hijos de lejanas comarcas,—mientras que otra nube de muchachos, burlando á los guardianes, picaban

sus cobres en el zócalo de la estatua de Belgrano disputándoselos á la *cuarta*, y el resto saqueaba audazmente las canastas de un vendedor ambulante, cuyos brazos hacian prodigios por desprenderse de aquellas garras.

En las gradas de la Bolsa, un mundo de gente y una variedad asombrosa de tipos: hombres "del alza y de la baja," corredores jubilados por la acción ineficaz del tiempo y la sentencia mortuoria de uno que otro juez de comercio, relegados á la última expresion del valor financiero; caballeros que por haber dejado de ser socios, viven en las *gradas* y allí constituyen el escenario de sus asaltos invariables, verdaderos esqueletos bursátiles, cuyas levitas roidas y desgastadas y cuyos sombreros de acentuado color verde hablan de una época activa de ruina y desbarajuste, desheredados de la suerte, víctimas de la infelicidad ó del ágio; comerciantes de baja alcurnia, fisonomias bárbaras, casi boulevarescas, hombres de estómagos satisfechos; modestos comisionistas, cuya entrada al recinto está vedada por disposiciones terminantes; señores de humildísimo aspecto, aunque engolfados en ridículas ideas. En la Casa de Gobierno otra nube de personajes tan aceptables como los primeros, provee-

dores de todas las especies y de todos los calibres, vampiros eternos del presupuesto, cínicos entre los mas cínicos, siempre al encuentro de un negocio de honradez dudosa; una plaga inmensa, avasalladora, con sus afiladas garras amenazantes: corredores de asuntos administrativos con los ojos ávidos y relampagueantes en acecho de cuanto infeliz trasponga el teatro de sus hazañas; militares de todas las graduaciones, útiles é inútiles, postulantes de empleos con las caras aflijidas y el semblante escuálido, cargados de influencias y recomendaciones, pretendientes envejecidos de una plaza cualquiera, bruscas apariciones de los ministros, temibles enemigos de los secretarios y los porteros. En la terraza de la aduana una nube de dependientes, comisionistas, mozos de cordel, correos del gobierno, corredores marítimos, comerciantes, contrabandistas; en los tribunales una turba de procuradores y abogados charlatanes, con su cortejo obligado de clientes, víctimas futuras de sus alegatos y sus pleitos; y á un extremo y á otro, y en todas direcciones una sucesión infinita de hombres y escenas interesantes.

Los tranways, en sus rondas interminables, se pierden al rededor de la plaza, bajo el chillido penetrante de las

cornetas guarangas y desairadas, y los vehículos de todas las formas y tamaños, en una variedad que interesa, van y vienen y se renuevan en medio de un rumoroso traqueteo. En la Catedral, á la sombra de sus pilares, bajo aquel calor tormentoso, una hilera de pordioseros tendidos sobre sus gradas con una dejadez espantosa.

Mujeres de semblante lívido, con la piel pegada sobre los huesos, y sus vestidos andrajosos y despedazados; hombres de un aspecto feroz con sus piernas llagasas y mutiladas y sus caras secas y amarillas, víctimas de catástrofes, cuyos recuerdos evoca el cartel que cuelga sobre el pecho; unos instalados en pequeños carritos de mano, otros tendidos sobre cajones portátiles, todos con sus brazos estirados, gruñendo sordamente la limosna acostumbrada á recoger en nombre de la caridad cristiana; ciegos recostados contra el muro que levanta sus voces pidiendo el eterno auxilio; criaturas sanas y robustas bien enseñadas á postular y estirar la mano fingiendo una dolencia cualquiera; inválidos de guerras pasadas, cuyos rostros colorados, rojizos por efectos del alcohol, hablan de vidas perdidas en el cenegal del vicio y la corrupción, y finalizando con aquel espectáculo al aire libre, entre

aquella confusión de piernas, brazos y muletas de palo, otro ejército de turcos, de un aspecto horrible, súcios, desgredados, harapientos, sentado en cuclillas, ofreciendo con voces lastimeras las mercancías de sus nauseabundas baratijas.

El cielo había cerrado del todo y los primeros relámpagos abrían sus grietas de fuego.



PALEMO!

PALERMO!

Al Dr. A. Atienza y Medrano.

Se anunciaba la tarde con un sol espléndido.—Un sol de oro, cuyos rayos de encendida púrpura franjeaban el celeste claro de las nubes. El río, grande y sereno, describía la eterna curva de sus aguas, y de lejos, en medio del cabrilleo incesante de las ondas, llegaba el eco de su vagido mas rumoroso, mas insistente que nunca.—Enfilaba el sol la prolongada línea de palmares y en medio de la tarde luminosa, las avenidas anchas y espléndidas corrian á perderse en los contornos del espeso bosque.

Una claridad radiante, una lluvia de luz iluminaba el follaje y los árboles levantábanse sin sombras en el claro

aire de la atmósfera, envueltos en un nimbo de rayos sutiles, cuyas estelas de cambiante tono listaban la tranquila superficie de los lagos, el variado tapiz de los jardines.

El corso, aunque escaso todavía, avanzaba lentamente en un mar de resplandores, y á la distancia, cada equipaje adquiría una proporción desmesurada, afectaba una forma extraña, reflejando en sus cajas deslumbrantes los vivísimos fulgores del gran astro.

El primer tren de las carreras, un convoy de cien wagones cargados de gente,—cruzó como una exhalación y su silbato, que pareció un rugido, se levantó al cruzar las avenidas, causando notable alarma entre las briosas yuntas atadas á la variedad infinita de los coches detenidos en su marcha por las previsoras barreras de la calle de las Magnolias. Envuelto en una nube de tierra el tren desapareció como un relámpago, dejando á los coches envueltos en otra nube de humo.

Del cuartel de ingenieros llegaban los ecos de los tambores, alternando con las notas graves y agudas de los clarines ó la fanfarria moribunda de la caballería acampada en los galpones de la Exposición Rural.

A la distancia, bañados por la luz que caía de aquel cielo de alabastro

asomaba el lejano perfil de los palacios vecinos, cuyas cúpulas de color grisáceo parecían incrustarse en el vaporoso encaje de las nubes.

La avenida Alvear, recta y segura, se desvanecía á lo lejos, y sobre la masa confusa del negro arbolado y las ondulaciones marcadas del terreno, se percibía el extravagante lineamiento de la hilera de edificios que desfilan á sus costados con sus cuerpos de una extraña arquitectura.

Y por encima de ellos, destacando su sombrío croquis, la cárcel, pintada de blanco, cuadrada y maciza, el hospital de mujeres sencillo y severo, que la miraba de frente; la Exposición Rural que se erguía á la distancia, grave y satisfecha, con sus invariables techos de pizarra y las apariencias de un gran castillo; el cuartel de Maldonado con su enojada cara roja y su torre de ladrillo doble, y al opuesto confin salvando las últimas calles de la populosa metrópoli, con todo el aire de un gigante convencido, de un centinela avanzado de las instituciones, el hipódromo de Palermo, pintado de claro, brillaba sobre el uniforme tono verde de los primeros campos.

Cuando dieron las cuatro, la banda de música del seis de línea, instalada en el *kiosco* del parque, rompió con

las primeras notas de *Magnon Lescaut*,—el doctor Campanas, en su magnífico landolet arrastrado por dos fogosos alazanes, el impagable doctor, un hombre de cara congestionada, bajo y rechoncho, obeso entre los obesos, con su enorme galera de anchas alas y su cuello de mariposa, se incorporó en su equipaje intachable á la monótona, á la aburrida hilera de carruajes.

Allá vá el hábil doctor, una figurita que hizo prodigios de habilidad en aquellos tiempos de las famosas prestidigitaciones, cuando como por arte de encantamiento, las cajas del coloso "Nacional" se abrían de par en par para satisfacer sus interminables giros, garantidos por las inmensas zonas de campo que el sábio médico poseía en el "Chaco de las Ilusiones"; allá vá el ministro mas famoso de aquel Gobierno cuyos faroles apagó una racha gigantesca de pampero popular en una hora de justicia histórica; el doctor Campanas, honorable comanditario de Mme. Bompert en el ruidoso negocio de sus colonias agrícolas y pastoriles, elaboradas á la turbia luz de su despacho ministerial; concesionario de aquel ferrocarril submarino que fué la nota y el asombro de una época de ruina y desbarajuste; allá vá, grande, triunfante, invulnerable...

Otro tren de las carreras—el primero de los del regreso—pasó y se perdió como rayo bajo el sordo rumor de sus ruedas...

Después de las cinco la concurrencia era enorme y Buenos Aires entero, sin distinción de clases sociales, se confundía á lo largo del clásico paseo en las horas de aquel domingo excepcional...

El célebre *Miraflores*, aquel astuto vejete de nariz pintarrajeada, airado y soberbio, con aquellos ojos que brillaban á la sombra de abundantes párpados, alto y flaco, proveedor empedernido y hombre de "avería" según se había dado en llamarle, conociendo el ascendiente pronunciadísimo que tenía sobre un conocido hombre público, caballero de vistas sorprendentes, cuyas arcas bien repletas hablaban de las famosas proveedurias del ejército y la marina, concesionario de muchas leguas de tierra de la nación, representante de media docena de sociedades quebradas ó á punto de quebrar, presidente de aquel banco que empapeló á la plaza con una cuantiosa emisión de bonos y certificados, y que más tarde cerró sus puertas barrido por la ventolina financiera de la época, ex-diputado, ex-senador, consejero directo de *La Trapiondista*, y agente secreto de varias empresas clandesti-

nas; el doctor Retumba con su simpática fisonomía darviniana atusando sus lucientes bigotes que eran el perfil acentuado de esa cara grave, aquel honorable caballero director de una repartición nacional que fué el blanco predilecto de la "diatriba y la calumnia"; —el empresario Berretti, de adusto porte, miembro de la *magna casa* y caballero de la *legión de honor*, y á su lado, espléndida, triunfante, la contratista Maquiarini, "*magnanísima estella de la compañía*", como la llamaba el hábil comendador;—Bertollani, consejero de hacienda, en compañía de dos directores de banco, aquel ruidoso caballero de las "emisiones", y cómplice en primer grado de un empastelamiento que hizo época en la memorable presidencia de la "*crisis de progreso*", autor de una série de proyectos financieros que aconsejaban la liquidación final del universo, el hombre de los pasajes subsidiarios, de cuyo resultado aún hablan los asilos plagados de inválidos y los libros de la casa de inmigrantes;—el general Cascarrabias, diputado inagotable, defensor permanente del gobierno, curioso intérprete de los artículos cinco y seis de la constitución nacional y autor de varios escándalos del interior, promovidos á la sombra y al amparo del *sistema*, el in-

geniero Silbidos, responsable de las medidas de un territorio nacional que perdió cincuenta leguas y fueron á parar á la gigantesca maleta de "*La Golpeadora*" y finalmente, terminando con la série de aquellos ruidosos ejemplares, el señor de la Perilla, corredor de S. E. y el gobernador de la Solfa que acaba de llegar á la capital escapado de su provincia, trayéndole al Presidente los registros falsos preparados artísticamente para ganar á la oposición las elecciones de diputados nacionales.

A la luz de aquella tarde de Octubre, bajo el sordo rumor de los carruajes, el bullicio sin tregua de los trenes, el discreto cuchicheo de la gente que asaltaba los bancos y las calles del paseo; los écos de las bandas militares; el ruido de las orquestas perdidas en el bosque,—el rival del Hayde Park triunfaba con sus seis hileras de correctos equipajes sobre cuyas cajas los rayos del sol se quebraban y tejian un gran limbo luminoso.

Aquí y allá, salpicando los escasos claros del paseo, apuestos ginetes, gallardos, que avanzaban al galope tendido y acompasado de sus caballos de raza, detenidos en sus rápidas carreras por la brusca aparición de los peatones al cruzar las avenidas, ó la figura burlona y ridícula de la molesta nu-

be de ciclistas que bajo el coro chillón de sus pitos y cornetas salvaban con sus máquinas describiendo airosos serpenteos por entre aquel enjambre de caballos y carruajes.

Sobre la cumbre de los árboles, grandes lampos de fuego reverberaban en el ramaje espeso y en las ajardinadas calles del parque, sobre la verde alfombra de sus cuadros iba á extenderse el reflejo iluminando las aguas muertas del lago.

La señora de Cascabeles, —la linda señora de Cascabeles— en su coupé chiche, que tiran dos arrogantes yeguas de carrera, la humanitaria presidenta de media docena de Asilos, sostenedora anónima de dos casas de socorro; el Dr. Tragaluces, un jóven barbilampiño, en su modesta victoria de médico que comienza; el general Metralia, una víctima de las caricaturas, con su discreta figura de soldado viejo y su larga pera blanca que animaba á ese rostro tostado por los recios soles de la pampa; las señoritas del señor Relámpagos, tres gentiles muchachas, tres críticas implacables de la sociedad, que en ese preciso instante iban agujereando con sus ojitos picarescos y burlones, el sospechoso tren de las señoritas de Silbidos; Canaletti, con su abultado vientre de hombre satisfecho,

cuya cabeza aplastada y deforme es un hervidero de planes comerciales; el joven Tiralibras, un millonario insolente, en su imponderable dokarr, y allá, en otras filas, terminando con la série, salpicando el tono siempre variado y alegre de los carruajes, tres conocidos jóvenes, tres distinguidos muchachos, abogados y médicos futuros, en una victoria desairada y plebeya, cuya caja crujía cada vez que también crujía el armazón de huesos de sus escuálidas cabalgaduras...

Sobre la línea del horizonte, temblando en un lecho, cuyos encajes comenzaban á incendiarse, el sol había estallado y un mundo de fulgores corrían por las nubes teñidas de sangre.



DESDE LA PLAYA...

Es día de niebla: de una niebla muy ligera, muy sutil que no cierra los ámbitos. El cielo presenta grandes manchas de luz difusa. El viento se escucha á la sordina; la marea crece sin rumores,—el sol,—un sol de oro muerto, filtra sus rayos en un enjambre de lánguidas nubes. Es día de niebla. En la bruma matinal, confundándose con la tonalidad de aquel cielo tan incoloro, tan bajo, el río que se pierde con sus aguas cansadas y muertas, tan grises, tan negras, sin un casco que rompa sus ondas, sin una vela que anime su soledad infinita, sin la blanca cresta del humo que corone sus alturas; la costa con su ondulante festón, muy alegre, muy ver-

de. extendiendo su gigantesca faja esmeraldina, caprichosa, quebradiza, erizada de rocas. llena de fragosidades y hendiduras, con su ejército de barcas que como una gran banda de cetáceos, han quedado en la inmovilidad tumbadas sobre la arena á la sombra de los sauces de espesos ramajes, de pomposas copas, tan agobiadas, tan perezosas, que de lejos, en la cerrazón, parecen grandes pájaros de plumajes extraños tendidos en hilera, por las fatigas de un largo vuelo.

Y á otro extremo, siempre en el ligero vapor que flota en aquella atmósfera gris, siempre en la claridad dudosa que cae de aquel cielo apagado, la populosa metrópoli, Buenos Aires, que amontona sus barrios; la ciudad negra y apretada que aparece por entre un hacinamiento de cúpulas y de torres, con sus altos edificios que se levantan encarándose á las nubes; las torres de sus templos; sus delgados campanarios; sus vastos tejados de todos los tonos, muy descoloridos ó muy blancos, muy alegres ó muy envejecidos; en medio de la desordenada profusión de sus casas que, aquí y allá, se alzan empujándose y procurando sobresalir las unas de las otras, en aquella sucesión enorme de fachadas que aparecen y desaparecen, las unas desnudas, en-

corvadas, las otras derechas, rectas en el aire con las airosas siluetas de sus palacios, cuyas techumbres de pizarra se confunden con el invariable color del celaje, con sus pronunciados declives y ondulaciones marcadas aquí y allá por los barrios que se destacan como grandes manchas negras, prontas á diluirse en la primera ráfaga del sol.

Es día de niebla. La sirena brama en el aire; interrumpe el silencio con su viboreante mugido; la campana marina echa á vuelo sus notas que repercuten vibrantes y alegres en el límpido aire; y un gran coro de silbatos roncós, penetrantes, exténtóreos, se oyen sin cesar de un extremo á otro de aquella aglomerada población del mar, tan excéntrica, tan extraña, con su amontonamiento infinito de barcos de todas las formas, de todos los tamaños, de todas las banderas.

Un laberinto de mástiles, altos, potentes, seguros, y un cordaje espeso, tupido, confuso, todo por entre otro hacinamiento de velas arrolladas, recogidas, que se inflan con una racha de lejano viento ó caen en mil pliegues sobre las arboladuras de sus desproporcionados cascos. Mónstruos del mar, verdaderos fantasmas de las aguas; barcos potentes, ventrudos, con sus for-

midables anclas á flor, sus acuchilladas proas en descubierta, las cadenas que chirrían, los cabos que crujen, las grúas que abren sus brazos, las cubiertas que tiemblan; verdaderos colosos, abultados, pintarrajeados, ciudades del agua, con sus montones de habitantes á la vista, rostros curtidos, diabólicos, animados por ojos hipnóticos, bien redondos, bien abiertos, por ojos que no dicen nada; caras ahumadas, renegridas, tostadas; exclamaciones extrañas en oscuros dialectos, signos en la cara, signos en los brazos, signos en las frentes...

Allá, desapareciendo en la pesada y triste humareda que se escapa de la boca de sus caños rojos y que va estirando lentamente una faja negra sobre el horizonte,—una gran estela negra en el aire,—viene el “Tridente,” con un mundo sobre su cubierta desde la proa á la popa, con una población harapienta, entumecida, absorta, que tiene hambre de llegar al puerto y hambre de pisar la bendita tierra de su fortuna; allá á otro límite, donde el verdor de la costa parece neutralizar el tono gris del río, bajo el deslumbrante vuelo de una banda de gaviotas, débilmente iluminada por el sol, cuyas alas se agitan en una especie de impalpable fluido,—un pueblo

de pescadores, una flota de barcas de velas aceitadas y lustrosas, tan limpias, tan alegres bajo el generoso color de sus cascos, como es generosa el alma de sus hombres; mientras que á otro extremo, siempre en la claridad brunosa, destacando el perfil de su gran vela, muy soberbia, muy inflada, que brilla con un lampo de oro, otra barca que se aleja navegando en la mortal paz de las aguas...

Y todo aquel abigarramiento de hombres, toda aquella rara población marina, curtida, tostada, todo aquel oscuro amontonamiento de caras extrañas, —otro encrespado río humano, sorprendido en la hora de su desborde amenazante,—crece, se agita, se revuelve en la enérgica actividad de un despertamiento extraordinario.

Sobre el manchado fondo del cielo, velada por el tul de la neblina, desapareciendo con sus calles estrechas y desmanteladas y su apiñamiento de cuartujos que aparecen de blanco por entre el verdor de las primeras tierras despobladas, larga y hundida, rayada de mástiles y de vergas, bajo su cielo color de hollín, la ciudad de las fiebres —la Boca, hornigueante, rumorosa, con el bullicioso enjambre de sus hombres y el eco ensordecedor y penetrante de sus ruidos; el barrio de las pestes, con

sus callejas oscuras como cuevas, sin aire ni luz, arrebatadas tantas veces por las aguas, con sus pailebots y sus bergantines fondeados á su abrigo, sus fundiciones, sus almacenes navales, sus barracas, sus carboneras; la Boca, bullanguera, ruidosa, con la negra banda de hombres de su comercio, inquietos, sudorosos, afanados, y el agitado oleaje de caras extrañas de otros hombres desconocidos que la pasean á lo largo, glaciales, indiferentes. con sus ojos clavados en una fritanga de llamativos olores, el *toscano* en la boca y las manos en los bolsillos, muy felices, muy satisfechos, muy tranquilos...

Murgas infames, chillonas, escandalosas; aquí un *terceto* del bombo, los platillos y la muñeira; allí un *cuarteto* de la gaita, la bandurria, el pistón y el violoncello; un gran coro de salvajes, rodeados por la turba de sus intelices admiradores: un mozo de la fonda *Lombardina*, de ensortijados cabellos rubios, que aparece en la puerta de su casa repasando un plato con su lampariento delantal, escucha muy satisfecho, muy alegre, un aire de su vieja tierra, la Sicilia; el propietario del *Bigliardo Piemontesse*, un atleta, con su gorra á franjas de oro, sostenida en la corona de su cabeza cuadrada y maciza, alarga la mano, deposita dos cen-

tavos en el plato de la colecta popular, y pide, escarbándose los dientes, que se repita *la misma*; á dos boteros de rostro cobrizo, llenos de anclas pintadas en los brazos y en las manos se les contempla apoyados en sus remos oyendo la ejecución de la endiablada sonata,—mientras que en la cubierta del “Fosccatti,” aparece el capitán, un hombre bajo y encanijado, de prominente barbilla, y tres foguistas, con las caras negras como tinta, sacan sus cabezas por las escotillas...

Lentamente vá el sol destacando su gran globo de oro pálido, dorando el copioso encaje de sus nubes, difundiendo en el cielo que empieza á esconder sus celajes grises, toda su potente luz; lentamente aparecieron sus rayos por entre las vedijosidades y fluctuaciones de la bruma; lentamente vá extinguiéndose la niebla barrida por las leves ráfagas del viento y poco á poco la ciudad fué destacándose con su aglomeración de fachadas y de muros, de seguras torres, bajo aquella riqueza de líneas de una variedad infinita.

San Francisco con su campanario delgado y recto en el aire, con sus torres agrietadas, ennegrecidas por las lluvias, y sus campanas sostenidas en el centro de su altura; *San Telmo* con las suyas que blanqueaban por encima

del negro laberinto de sus barrios, rayadas, estriadas, batidas por las eternas ráfagas del viento; las de *Santo Domingo* descarnadas, desnudas, vetustas, mientras que al extremo opuesto las de *Santa Felicitas*, muy finas, muy esbeltas, brillaban sobre las lomas del Parque Lezama con sus humildes cruces negras iluminadas por el sol.

Y allá, en el aire claro, por entre aquel hervor infinito de las torres de todos los templos, de los miradores y las techumbres de todos los palacios, de las arrogantes cúpulas que brillan encendidas por los reflejos del astro, los tejados de las fábricas, enormes, relucientes, coronados por sus colosales chimeneas de doble ladrillo rojo, derechas hasta perderse en las alturas, despidiendo aquí y allá espesas capas de humo que van extendiendo brucas manchas negruzcas sobre el claro color de las nubes...

Pronto empezarán á brillar las primeras luces rojas, azules y de todos los colores en las cofas, en las bordas, en los palos de mesana,—pronto cesarán los ruidos del día; se perderán los rugidos de las sirenas; se apagará el éco de los clarines; tornará de nuevo al puerto la flota de los diestros pescadores; las campanas picarán las últimas horas del trabajo,—y se oscurece-

rá el horizonte y se oscurecerán las aguas y en el cielo de la noche comenzarán á encenderse las primeras estrellas...

Pronto empezarán á brillar las luces del agua y de la tierra; pronto encenderá sus grandes focos eléctricos, sus formidables lámparas luminosas aquel paquete tan largo y tan chato, que tiene sus enormes velas recogidas; pronto brillarán las linternas de los vigias recostados contra la borda, metidos en sus capuchas; pronto se encendarán las débiles luces de aquella barca, cuyas grandes líneas se borran en la sombra,—pronto brillarán las pobres, las tristes chalupas de la playa con sus tenebrosas luces vacilantes...



CROQUIS

CROQUIS

A Alberto Ghirardo.

A lo lejos, en el aire sin rumores, se apagaban los lánguidos toques de la retreta, la triste fanfarria de los clarines, los écos de los tambores, las resonancias todas del campamento, y en el cielo de la noche las primeras estrellas se encendían.

En el campo, poco antes desierto, bajo el horizonte infinito, las carpas de immaculada blancura, los pabellones de relucientes fusiles, corrian ahora sus hileras simétricas, bruscamente alineados sobre aquel agitado mar de sombras.

Una niebla sutil envolvía los ámbitos, y en las crestas de la sierra, cuya línea quebradiza se borraba á lo lejos,

algunas pequeñas nubes cargadas de agua, rompían sus encajes.

Una humareda pesada y lenta; una enorme nube gris llenaba el aire, y al rededor de cada hoguera se agrupaban los soldados, destacándose las manchas negruzcas, apenas iluminadas, de sus cuerpos que desaparecían en los enormes capotes... Y cada vez languidecía más y más la melancólica sonata de los clarines, el redoble agitado de los tambores, los rumores todos del campamento.

Había cerrado la noche.

Los centinelas con sus fusiles al hombro cubrían las líneas de los cuarteles, caminaban, ó, terciando el arma, se detenían; las avanzadas se retiraban á distancia destacando sus fieles imaginarias, los rondines, en sus briosas cabalgaduras, cruzaban y se perdían silenciosos, agobiados, recorriendo las descubiertas del ejército.

De vez en cuando el campamento brillaba como de día; las fogatas levantaban sus altas llamaradas, sus viboreantes lenguas rojizas, que el viento enardecía y avivaba;—las hogueras estallaban en ardientes chisporroteos, y por encima de todo, la eterna humareda, una humareda colosal, una vertiginosa ola negra rodaba por la tierra envolviéndolo todo.

A la luz vacilante de los fogones, en la gran llanura triste, coronada por los cerros que enlutaban el cielo, asomaban las tiendas de campaña, se extendían las blancas carpas de la tropa, centelleaban las pequeñas luces del ejército, y el campamento, hormigueante, rumoroso, se iluminaba, resplandecía, interrumpiendo la monotonía abrumadora del paisaje.

Dos soldados, dos muchachos de dorado bozo, ágiles, diestros, cuyos ojos lagrimeaban por efecto del humo, soplaban á ras del suelo un montón de leña verde; otros dos, de apacible rostro, locuaces, alegres, sentados en cucullas, removían una antigua historietta que hacía desternillar de risa á la compañía entera; un cabo de ancha y reluciente gineta, repasaba con la manta el fondo de su escudilla; un sargento de cara grave y estirada hurgoneaba con sus ojos los trozos del puchero que bailaban en una colosal olla de agua hirviendo...

Allá, al resplandor de una fogata inmensa, la artillería extendía su línea en la desbordada marea de las tinieblas: algunas piezas aparecían claras y distintas, otras perdidas en la oscuridad con sus arzones chatos y largos,—mientras que la infantería estiraba en la sombra sus hileras infinitas

por entre la niebla color de humo que iba subiendo lentamente, y la caballería, movediza y confusa, se agazapaba en la inmensa noche...

Unos infantes, haciendo rueda, escuchaban los melódicos acordes de un *wals* en la guitarra, que el sargento del piquete, un mocetón de tostado rostro, tocaba á las mil maravillas;— otros mas prácticos devoraban con los ojos y con los dientes un magnífico costillar que se doraba al calor de las brasas, en tanto que el trompa de la compañía, un muchacho barbilampiño, enclenque, cejijunto, que levantaba las notas de su clarín hasta el cielo, hacia oír su voz aguardentosa, entonando las décimas del combate de Puente Alsina,— y el cabo ranchero,— un cabo del tercio franco,— cuyo uniforme desaparecía en una mancha de grasa y de tierra,— tocaba un aire en el acordeon, á cuyo compás danzaba el resto del piquete...

Despues.... se apagan las luces, las fogatas se extinguen, y en la tristeza infinita de la noche, vibran las últimas notas de los clarines.

EL CONVENTILLO

EL CONVENTILLO

La humedad se filtra á través de las enormes paredes agrietadas, cubiertas por una especie de costra negruzca y un espeso musgo invade los muros que alinean los patios. Algunas plantas raquíticas florecen en otras tantas tinas hinchadas y descoloridas, que alternan con curiosos recipientes de barro ó de lata. En una gran olla desterrada de sus usos primitivos, levanta sus ramas finas y elásticas un pequeño arbusto de hojas acuchilladas, y desde el fondo de un cajon, cuyas aberturas muestran la tierra, una madre selva amarillenta y seca enrosca su espeso tejido en el brocal del pozo, mientras que un extraño florecimiento de otros arbustos enanos y contrahe-

chos, cuyas raíces alimenta una eterna corriente jabonosa, forman marco á un pequeño cuartojo de madera, lleno de humo, que blanquea en el centro del conventillo y es la cocina obligada de los habitantes de la planta baja.

Flota en la atmósfera un olor nauseabundo,—un fuerte olor de aceite rancio,—que sube hasta la nariz y se sostiene en el aire pesado y cálido. Los braseros arden en frente de cada cuarto; una mujer de larga y flotante cabellera desgredada, que pierde su cuerpo sin formas, en un batón, lleno de parches y remiendos, aviva las brasas soprándolas con su pantalla de mano; otra, su vecina, una criolla bajita y regordeta, cuyos ojos lagrimean debido al humo que despide su formidable cigarro negro, pone sobre las rejillas del brasero dos planchas á calentar, á la vez que la del número *treinta y dos*, sentada en cuclillas sobre el dintel de la puerta, trata de pelar una gallina amontonando las plumas sobre la taldá; y la de la pieza contigua, Dolores, la cocinera, le presenta á la del *treinta y seis*, con los ojos iluminados, varias piezas de ropa escamoteadas por ella en la casa en que servía.

Una turba de pilluelos chillones, melostos, corretea á lo largo de los pa-

tios de *El Universo*—asi se llama el conventillo—jugando “un partido á la mancha”, mientras que todas las niñitas de la casa, reunidas en el mismo patio, juegan á la comba con varias cuerdas y saltan sobre ellas á un mismo compás. dejando oír sus curiosos cantos infantiles aprendidos en los recreos de los colegios.

Doña *Nicotrasta*, una parda alta y huesosa, con el mate en la mano y la bombilla que aprieta entre sus dientes. examina algunas piezas de ropa que la noche antes ha puesto á secar; Doña *Remedios*, una mujer de anchas caderas, de largo cuello y hombros fornidos, cuya lengua de víbora es el temor de todas sus vecinas, se entretiene en zurcir varios pares de medias por encargo de sus sobrinas del piso alto,—tres manoseadas camareras de *El Gato Blanco*; la señora del número *doce*, procura componer con gran cuidado los ya incorregibles pantalones de su marido—un antiguo mayoral de tramway,—en tanto que la del *veintidos* y la del *veintiseis*, disgustadas por cosas del oficio—eran aparadoras,—se decían incendios, blandían los puños y se querían despedazar con la boca, porque el *chico* de la primera le habia asestado un moquete á la *chica* de la segunda.

Dos italianos, con sus respectivas mujeres, sacan de un cuarto sùcio y oscuro una montaña de coles y de zapallos que depositan, como de costumbre, en el carrito del reparto diario; un zapatero, con su largo delantal de cuero, las gafas que resbalan sobre su nariz y el martillo en la mano, clave-tea muy de prisa la media suela que acaba de echar á dos botitas encantadoras, y un vigilante de la sección, morador antiguo de la casa, después de cepillar los pantalones y el morrión, sale de su cuarto en mangas de camisa, con la idea de que Vicenta,—la del número *dos*,—en ausencia del sargento, su marido, colocara á la chaqueta del uniforme media hilera de botones.

¡Y qué cuadros, qué escenas, qué mérito el de toda aquella representación al aire libre!

Un hombre cuyos músculos resalta-ban al través de la camiseta á rayas azules y coloradas, se pasea tranquilamente fumando en su pipa, arras-trando sus piés metidos en unas pantuflas rotas;—un bombero, con su casco fulgurante metido hasta los ojos, saca la funda de su piston—era de la banda,—y se dispone á la marcha,—don *Titto*, el pastelero, levanta las sá-banas de lienzo de su catre y descu-bre, como siempre, humeantes y ca-

lentitas tres docenas de empanadas que trata de colocar en las canastas de la gira matutina.

El sol, enfilando su foco sobre el conventillo, doraba su gran fachada ruïnosa, y aparecian las hileras de las persianas destrozadas y descoloridas, las pequeñas vidrieras de los negocios á la calle, sucias y ahumadas; los grandes patios llenos de desperdicios y charcos de aguas servidas; los vastos tejados rojizos; las ligeras escaleras de caracol, con sus pasamanos de hierro y sus descuidados peldaños; las grandes paredes chorreadas por las goteras, llenas de hendiduras, con sus hileras de desmantelados cuartos que respiraban una pobreza conmovedora.

Y se veía al Sr. Querencio, un corista de la Comedia, mirándose en un espejito de mano colgado del pasador de la puerta de su habitación, muy preocupado en salvar las melladuras de la enmohecida hoja de su navaja, con la cual trataba de rasurar sus nacientes chuletas negras; á D. José, un músico ambulante, de rostro apoplético, afinando su organillo, dando vuelta sobre vuelta del mugriento manubrio, mientras que su sócio, un italiano de grasienta boina azul que tocaba el techo de la pocilga, espuma el puchero y suministra una mano de

grasa á sus botas de relumbrantes herraduras desgastadas; á *misia* Rosario, que funa y escupe por el colmillo, revisando minuciosamente la cabeza de su *nieta*, y á D. *Pietro*, inquilino principal, abogado y procurador de todos sus pleitos, sentado sobre un banco, espurgando tranquilamente un gato *barcino* que refuntuña y se revuelca en sus rodillas.

En el fondo, donde diez hileras de ropa tendida á secar se sacuden infladas por las ráfagas del viento, varias mujeres, con los brazos desnudos y los vestidos recogidos hasta las rodillas, lavan, colocadas en fila: una flaca y alta como arpía, retuerce dos piezas ya lavadas; otra, que muestra los brazos sonrosados, musculosos, da una mano de azul á dos vestidos de percal; una tercera, que atormenta con sus canciones sin gracia, golpea una enagua contra el borde de la pileta, y otra mas, que lleva un monton de alfileres en la boca y se desliza, metiendo ruido con sus zuecos de madera, prende de una cuerda media docena de medias y de pañuelos.

El carnicero acaba de franquear los dinteles de *El Universo*: un grupo de hombres y de mujeres le rodean: la del *tres*, que tiene á su hijo en los brazos, manosea y revuelve la verdu-

ra; la del *diez*, propietaria del taller de planchado, que funciona contiguo á la queseria *La Calabria*. mide una falda de ternera haciendo cuartas con la mano; la mujer de D. *Titto*, enseñando sus medias de color, tejidas por ella y sus gruesos zapatos de cuadruple suela, pretende conquistar media *canastra*; un muchacho, el autor de todas las figuras pintadas con carbón en los patios y en las paredes de la casa, se levanta dos tarros de *ricotta fresca!* *ricotta fresca!* y desaparece con ellos como un relámpago; en tanto se produce el escándalo diario, la batahola obligada, la representación mas ruidosa del complicado escenario de "*El Universo*".



•

CARNAVAL

CARNAVAL

Una mezcolanza abigarrada y ostentosa en continuo vaivén; una baraunda infernal, un hervidero humano, un desfile interminable de máscaras y de pueblo, avanzando con las proporciones de una ola avasalladora.

Músicas extrañas, ecos de ruidos que nunca se apagan, vibraciones incesantes de todas las notas, voces de todos los volúmenes y de todas las inflexiones, un clamoreo, una gritería, una algarabía inmensa.

Las calles de gala: arcos de triunfo, banderas, estandartes, gallardetes, faroles y bombas de colores, un embanderamiento profuso; gradas y palcos al aire libre, tablados improvisados, y en medio de todo, la ciudad de un as-

pecto que entusiasma, levantando sus edificios en un verdadero mar de luz.

De día un bullicioso ejército de máscaras que pasean las calles de un extremo á otro, en grupos infinitos, salpicando su extensión, animados y atractivos los unos, frios, incoloros los otros, todos deslizándose bajo un concierto chillón y vocinglero, mujeres vestidas de hombres y hombres vestidos de mujeres, exhibiendo caprichosas vestimentas—ricas en coloretos y pintarrajos,—extravagantes comparsas infantiles que avanzan al son tormentoso de sus tambores de lata, con sus sócios á medio vestir y dos grandes trapos flameantes á guisa de banderas, vistosas é interesantes, dispuestos á disolverse con el primer conflicto que se produzca entre el zapatero mayor y el resto de los lustradores; otras, mas ó menos iguales, pero de exterioridad mas aceptable, con sus músicas exóticas, chillonas, entonando un coro de armonías salvajes, con sus pistones de viento y broncas cornetas de doble fuerza, instalados en carros forrados de blanco con curiosos letreros é inscripciones, algunos provistos de formidables campanas, cuyo tañido grave y sonoro se percibe á la distancia, confortado por las notas altisonantes de los clarines, que imitan una diana

militar ó el toque de alarina de los bomberos; comparsas ó conatos de las mismas, armadas de pitos, cencerros y matracas, cuya intervención musical en el torneo callejero no puede ser más saliente ni agradable.

Una nube de payasos imitadores de Frank-Brown, zambullidos en sus holgadas vestimentas, con las caras arrugadas, llenas de pliegues, blanqueadas de harina y cruzadas por rayas de todos los colores imaginables, saltando y brincando aquí y allá, repartiendo golpes asestados con vejigas infladas, deshaciéndose en muecas y crispaduras, estallando en gracias que degeneran casi siempre en bromas de mal género; *moreiras* de nuevo cuño, de calzoncillo cribado, lengua barba y larga melena, y el facon de lata relumbrante que se les pierde en el cinto y les llega hasta la nuca, con la prenda inseparable "la compañera de sus negras desventuras" una guitarra destemplada con un manajo de cintas argentinas atadas en el pulsador; ginetes en estenuadas cabalgaduras animadas á son de rebenque y espuela; diablos, diablitos, pequeños y crecidos, con sus trajes rojizos, animados, rodeados, como sus congéneres, los *monos* por un enjambre de muchachos inquietos y burlones, ora prendiéndose de

los coches, colgándose de los tramways, aplicando sus colazos inofensivos, apareciendo y desapareciendo oportunamente; *condes y marqueses* de títulos tronados, con sus desmembradas siluetas tragicómicas, figuras acartonadas, amenazas de la alegría, que jamás abren la boca para decir una gracia; y allá, siempre por la calle, paseando la primera tarde de Carnaval, otra serie de máscaras y mascarones, fingidos industriales, paísanos de otra especie, Arlequines y Piérrôts.

De noche, cuando la ciudad enciende sus luces, el cuadro cambia en absoluto, y aparecen las primeras fieles escenas del Carnaval, matizadas por el color animado y verdadero de los tres días de jolgorio.

A la luz copiosa que cae de los arcos de iluminación, que arrojan los centenares de resplandecientes escaparates, que desciende en abundantes oleadas de las mil lunas blancas colgadas en el centro de las calles con una simetría perfecta, que arrojan los globos chinescos y los faroles de fantasía prendidos de todas partes; las hileras interminables de pequeñas luces que adornan y festonean las líneas de los principales edificios; de las infinidades de antorchas y hachones movedizos que aquí y allá se encienden derraman-

do una variedad de colores sobre la escena—el carnaval empieza á vivir, y otras son sus impresiones, porque es distinto el escenario.

Bajo el redoble estrepitoso de los *candombes*, el repiqueteo chillón de las *mazacallas*, los golpes penetrantes del *chinochino*, avanzan los “Negros Retintos”, una sociedad respetable que desfila, como las demás, por entre un cordón de público compacto y abigarrado que la aplaude invariablemente, estimulando las *gracias* del *tata viejo*, un blanco pintado de negro, que se destaca en el centro y dirige el compás de la música del *candombe*... Mas atrás pero á pocos pasos, aparecen los “Turcos de Barracas”, metidos en un gran carro de símbolos y alegorías, cuyo armazón imita el casco de un gran navío con sus tripulantes sobre las bordas y una niña sobre el puente, y detrás de los “Turcos”, cuya orquesta apaga sus armónicas notas en el fondo de los *candombes*, llegan los “Habitantes de la luna” una pandilla de trastornados, una sociedad de insanos convencionales, que contestan á los aplausos que reciben con formidables descargas de porotos y espesas nubes de harina,—mientras que á opuesto extremo detienen su marcha los “Atorrantes” para que pasen “Las Niñas del Sud”.

Allá viene un carro, atestado de mujeres,—un carro atestado de grillos y de chicharras—que lucen brillantes atavíos, y pasan en medio de un griterío nutrido y prolongado que repercute y se contesta de las azoteas, de los balcones, de la calle y de las veredas,—allá, en seguida, un gran landolet particular con la discreta figura del cochero encaramado en el pescante, vestido de jockey y la emperifollada de su propietaria—la Señora de Aguacendos,—cuya cara desaparece como la de sus dos niñas, raquílicas y contrahechas,—debido al humanitario antifaz que las cubre; á pocos pasos hace camino un gran carro de mudanza con un monton de hombres cuyos cantos, se escuchan al son de una alegre tirada de acordeon; mientras que á la izquierda casi al terminar la cuadra, seis caballeros de chambergo claro, requintado, templan las guitarras para cantar unas décimas. Las serpentinan van y vienen incesantemente; se prenden de los balcones, se detienen en las azoteas, cruzan la calle, se enredan en las cajas de los coches, en las guarniciones de los caballos, en los sombreros de los cocheros, y cada vehículo que pasa se lleva un giron de ellas dejando un blanco en sus vistosos tejidos...

Despues que los ruidos se apagan y cesa el bullicio de la muchedumbre, vándose extinguiendo tambien los rumores de la primera noche de locura; entonces comienza el cansado desfile de máscaras que no hablan, de payasos que no dicen gracias, de gauchos que no cantan, de marqueses y condes aburridos....

Los coches en confuso tropel, se pierden por todas las calles, y con ellos se borran los últimos signos de la fiesta.

¡¡Oh, el Carnaval....!!



"EL VERDI"

.

“EL VERDI”

A Julian Martel

Una araña cuajada de caireles y colgantes de vidrio, con sus diez bujías encendidas en altas llamaradas, iluminaba la sala cruzada por hileras de bancos y de sillas en desorden. En la plena claridad, bajo el reflejo de las bombas y los globos y los faroles de color, el “Verdi”, en silencio aún, resplandecía, levantando sus muros plagados de inauditos letreros, de extravagantes coloretos y pintarrajos.

El techo, ligeramente abovedado, mostraba, por entre un tejido de finas varillas de oro, trozos de un paisaje sombrío: “El incendio de un buque en alta mar,, y era tal el lujo de detalles que referían la escena, que, mientras

el capitán, un hombre de rostro sereno, prendido de la cofa del palo mayor, agitaba su gorra en el aire saludando en aquel instante trágico todo el infortunio de su suerte,—la marinera, firme en su puesto, se abrasaba en las llamas que estremecían el casco,—y el capellán de á bordo, de rodillas sobre cubierta, invocando quien sabe qué secreto del oficio, pedía al cielo una mirada de conmiseración. *Giacomo de Lucci* era la firma del artista, la misma que suscribía el decorado del escenario—una obra estupenda—“La explosión del Vesubio”, en que el pintor había volcado su paleta para dejar sobre el lienzo aquella lluvia de lava que se levantaba escupiendo al cielo, transformándose luego en estrellas, cuyos fulgores cabrilleaban en el tranquilo cielo de una noche estival.

“*Las consumacione se pagan di condatto*,”—decían dos grandes carteles pegados sobre las potentes columnas de hierro que sostenían el techo, á la vez que en dos inmensos letreros que se destacaban sobre una tira de fondo rojo que ocupaba todo el frente de la sala, se leía: “*Caballería Rusticana*” *per il tenore Sancurco y la Maggiarini.*” “A la 8 1/2 en punto. No faltar.”

“El Verdi,” estaba todavía en silencio.

Los atriles de los músicos se veían aún en desórden: el piano,—un piano de notas tormentosas,—desaparecía en su gran funda blanca, con la batuta del director de orquesta sobre el teclado,—un bombo con sus platillos dorados y relucientes descansaba sobre una silla; un trombón, en que soplabá con fuerza de tempestad un italiano de colosales bigotes, brillaba en un fino polvo de luz,—mientras que desde el suelo, recostado contra el pequeño muro del escenario, un violón monumental, de formidables cuerdas, aparecía con su caja sucia y desvencijada, y dos flautas y un tambor sobre las sillas de sus propietarios, quedaban oscurecidas á la sombra de la elevada butaca de D. Turiddu, el director de orquesta.

La concurrencia empezaba á llegar á medida que la hora avanzaba: las primeras filas contiguas al escenario veíanse desiertas aún, y el público prefería ocupar las del centro de la sala, desde las cuales se dominaba la representación con sus mas ínfimos detalles.

Un espectador de sombrero chambergo—color café con leche,—requintado sobre la oreja izquierda, de espesa y reluciente melena, entró á la sala quebrando el cuerpo y pisando

bien fuerte con el taco de sus flamantes botas; otro espectador, un italiano de renegridas patillas, alto, anguloso, con la cara que desaparecía en la espesa nube de su cigarro *di la paglia*, entró tarareando el ária del tenor y ocupó su asiento lindero al de una señora de rostro abotagado, enrojecido, animado por dos gruesos ojos innóviles, que asistía en compañía de su marido, el envejecido propietario del "*Bigliardò é Ristorante alla Cittá de Savona é al Giardino di Varesse.*"

Al fondo, interrumpiendo la línea de los asientos de aquella improvisada platea, corrian los mostradores del despacho, atestado de porrones y de botellas, colocados con perfecta simetría, luciendo sus etiquetas de colores; el *chianti* legítimo, de una suavidad admirable, embotellado en pequeñitas damajuanas resguardadas por vistosos tejidos de mimbre;—el *espumante*—el codiciado espumante,—cuyas burbujas en perpétua ebullición eran el deleite de sus entusiastas admiradores;—el *neviolo*, excelente entre los mejores, noble y tolerante, poco amigo de los vértigos; el *barbera*, el *tinto*, el *moscato*,—una serie infinita, cuyos colores de todos los tonos, brillaban á través de las botellas iluminadas por las oscilantes llamas del gas.

Y otra vez volvía á correr una vasta hilera de bombas y faroles chinoscos, una nueva línea de luces, á cuyo reflejo se veía otra série de carteles, amarillos, colorados, verdes, en que la empresa, dirigiéndose al público y á las camareras, prohibía al primero "*piantar disordine nella tavola*", y á las segundas "*parlare con la gente stando nel lavoro*".

De vez en cuando, hacía explosión un corcho al libertar la garganta de una *Quilmes* dudosa; rodaba á la tina del agua una montaña de copas y de vasos súcios, en medio del ruido que al chocar producían entre sí, y allá se perdía una camarera llena de afeites y coloretos bajo el alegre tono de su sospechoso delantal; allá corría una con su bandeja llena de copas y de botellas, salvando con su cuerpo escurridizo de las manifestaciones y los saludos de los clientes que festejaban su repentina aparición; allá iba otra con su repleta cartera del servicio, colgada sobre sus anchas y robustas espaldas, muy preocupada en preparar el escaso vuelto que correspondía al gasto hecho por dos cocheros de plaza,—dos de sus asíduos clientes, que la perseguían, que la asediaban; y allá venía otra, finalmente, una presumida, cuyas monas coqueterías, hacía que

sus mesas se disputaran, se revendieran, se conquistaran por la temible nube de sus ciegos admiradores.

Una baraunda infernal, un clamor febril, flotaba en la atmósfera cargada y nauseabunda, y una espesa humareda gris oscurecía los ámbitos, cerrando el fondo en una especie de niebla inmóvil.

D. Turiddu, un hombre cuyas piernas secas y fiautiformes se perdían por entre las desmesuradas aldetas de su frac alquilado, cuyos lábios se agitaban trémulos en un continuo titileo nervioso, hojeaba las primeras páginas del *intermezzo*, que no ejecutaría por la falta de dos violines; D. Edgardo, rechoncho y sólido, un trombonista de *primo cartello*, como le llamaba el resto de la orquesta, inflaba sus carrillos soplando con la pujanza de un huracán hasta arrancar aquellas terribles notas de siempre; D. Carlo, un hombre de pecho aplastado, con su nariz cruzada por mil vetas alcohólicas, el prodigioso violoncellista, daba una mano de pez al encordado y se disponía al ensayo; D. Alberto, con su copiosa melena rubia alborotada y su labio rapado, soñando, como siempre, en levantar hasta las nubes las notas de su bronco pistón, recorría toda la escala rematando las últimas notas; D. Rufo,

el hábil concertista la "mano derecha del director", el primoroso mandolinista, un hombrecillo enjuto, seco y amarillento, de cabeza chata y desproporcionada, cuyos dedos mágicos arrancaban raudales de armonía, distribuía á los demás el libreto de la ópera aumentada y corregida por él, haciendo á cada uno las advertencias que correspondían al papel asignado en la parte orquestal.

Y la concurrencia llegaba, llegaba sin cesar; ocupando las sillas y los bancos, las mesas, los pasillos, asal-tándolo todo, creciendo cada vez mas con las proporciones de una gran ola furiosa.

Era una confusión de voces y de sonidos; una baraunda ensordecedora, en que volaban mezclados, acentos y palabras de todos los idiomas, de todos volúmenes, de todas las inflexiones, sostenida y apoyada por un pal-moteo estrepitoso que llenaba la sala...

Dos marineros con sus gorras encasquetadas hasta las orejas, con las caras medio borradas en la hoguera que se desprendía de sus pipas encendidas, reclamaban en un oscuro dialecto contra la demora de la representación,—dos jóvenes, dos impacientes comensales en cuya mesa se amontonaba un ejército de *cívicos* consumi-

dos, pedían á gritos ¡música! ¡música! Otros dos envejecidos admiradores de la Maggiarini se limitaban á golpear con sus bastones; una señora se tapaba los oídos con ambas manos; otra, que llevaba una gorra de plumas rojas, con un gran pájaro inmóvil de alas abiertas, se adhería con los ojos chispeantes á la protesta general,—mientras que el resto del público batía un formidable *pan francés* que estremecía el “Verdi,, entero, con sus muros, el escenario, los mostradores, el tablado, la platea, la cristalería y la paciencia de los guardianes del órden público que erguían sus seis tiesas figuras de manos enguantadas pegadas contra el muro...

Una nueva hilera de luces brilló de pronto, como un relámpago, sobre el escenario, que desaparecía á la sombra del pintarrajeado telón y á través de la copiosa claridad. la sala entera volvió á resplandecer en medio del negruzco agrupamiento de hombres y de mujeres, bajo el gigantesco murmullo que se desprendía de aquella encrespada ola humana.

Despues... cruzó un soplo helado á lo largo de la sala; un estremecimiento brusco sacudió á cada espectador en su asiento; las luces volvieron á brillar con mas intensidad aún; los

gritos y los aplausos se extinguieron de súbito, cesó el ruido de las copas y las botellas, y la *orquesta*, á la señal de la batuta de su director, rompió con la "*ouverture*,"—una *ouverture* estratalaria, llena de estallidos y explosiones de bombo, en que desafinaban los violines y los violoncellos, los trombones y los contrabajos y el mismo piano cuyas notas cascadas y enronquecidas volaban desesperadas por encima de todas las cabezas.

Se levantó el telón.....

.....

.....

LA CALLE FLORIDA

LA CALLE FLORIDA

Allá vá Grajera con sus perros en trahilla, una banda de cuzcos flacos y enfermos, de ladridos apagados y dolientes; allá vá el hombre de la mirada torva, de la cabeza gacha y desplomada, un filósofo acabado y un murmurador eterno; allá está Grajera perorando á la multitud de pillos y de curiosos que le contemplan en círculo; allá se pierde el impugnador incansable de los "mayorales carbonarios,"—cuyos discursos, verdaderas páginas de sangre, arrancan salvas de legítimos aplausos...

Candelario, con sus generosas patillas abiertas de par en par, la galera echada atrás con notable abandono aristocrático, y el cuerpo de gran vo-

lúmen que se pierde en el hospitalario alojamiento de su levita sin fondo, empapela la calle con las hojas de los carteles azules, verdes, amarillos, que desparrama á todos los vientos.

Cora,—la linda romana Cora,—pasa por entre la turba murmuradora, apagando el eco que al rozar produce su gran vestido de seda, y Wanda,—la gallarda Wanda,—de cuyas monas orejitas cuelgan dos brilladoras estrellas,—una mujer de provocativa belleza,—pasa tambien clavando los ojos sobre la nube de vejetes bolsistas que forman rueda, hablan, gritan y comentan enfrente del iluminado escaparate de una sombrerería que aspira á ser la primera en el género.

En el centro de la calle, á igual altura, semejando una série de lunas no interrumpida, corre la hilera de las blancas bombas eléctricas y resplandecen los altos edificios, se destacan las veredas negras de gente, las deslumbrantes vidrieras llenas de lujosas confecciones.

Una tienda levanta en columna sus piezas de género por entre una variedad infinita de encajes y volados que se cruzan y se confunden en ondulaciones y pliegues interminables; una casa de modas exhibe un juego de sombreros y corpiños á la última no-

vedad, sobre grandes maniquies hinchados con algodón y pequeños bustos de cera blanca, de armónicos perfiles, con las pequeñas cabezas artísticamente modeladas, naufragando en sus copiosas cabelleras rubias, encrespadas y lucientes; una joyería con sus ligeros armazones de ébano, atestados de cajas, estuches y alhajas de todos los precios y todos los valores, ofrece una gran diadema de ciento y tantos brillantes y diez mil y tantos nacionales... Una casa de remates con aspecto de *montepío*, llena de gurupies y de muebles, arañas y sillas, llama á sus clientes con un piano de notas lastimeras que en manos de un *pianista*, descuartiza el "Tarass Bulba" de Berutti; y ora es un salón de lustrabotas, donde cada interesado sale mirándose los botines, ya el escaparate de una rottiserie, donde los cesantes se agolpan y se arremolinan y luchan por levantarse con los ojos las "entradas del día," ora la casa del kinestoscopio que amenaza con su sempiterno campanilleo, ya por último la vidriera de una gran fotografía que se recomienda presentando tantos retratos como habitantes concede á la capital el último censo levantado.

A un extremo, donde la calle termina, apunta el gran foco del Pabe-

llón Argentino blanqueando el frente de los palacios y planteando la arboleda del Retiro, mientras que en opuesta dirección se levantan tantos arcos de gas con letreros de fuego, como descubrimientos se hayan hecho en los últimos tiempos: "Acaroina para curar la sarna", "Fenelina para matar los callos", "Seneguina para curar la tos," y asoma otra variedad de bombas y carteles iluminados que agotan la *reclame* de aquel barrio del comercio.

En un círculo de *dandys* enguantados, correctos y buenos mozos que se pasan la noche haciendo piruetas y revoleando sus varitas, se discute de relaciones internacionales, se confeccionan bélicos programas, se comentan tales y cuales notas del día; en otro grupo vecino, donde ya apuntan algunas canas, se critica la actitud del gobernador X, cuyas fulminantes declaraciones constituyen el tema obligado de la semana, se habla de las próximas elecciones de senadores nacionales, y allá rueda hecho girones el nombre del ciudadano Centella, á quien se acusa de haber claudicado de los principios políticos de su partido, mientras que al mismo tiempo se lanza el del Dr. Largasvistas, hombre de un olfato prodigioso, ex-diputado, ex-

presidente de un comité de parroquia y habilísimo autor de mil trampas electorales.

Allá están seis bolsistas comentando á gritos el rápido descenso del metal amarillo, metiéndose las manos por los ojos discutiendo y gritando, y se ve al señor X., un quebrado, un jugador empedernido, un hombre de voz cascada y enronquecida, con la cabeza caída sobre el hombro derecho y los ojos saltones y chispeantes; al escribano Mojones, una figura irrisoria, un hombre acartonado y desvaído, alto y flaco, con la frente surcada de arrugas y pliegues; al abogado R. de una obesidad inverosímil, con su cara congestionada y sus carrillos abultados y mofletudos, aspirando con deleitosa fruición las bocanadas de su legítimo habano; al corredor O., un comprador en descubierto; al famoso joven Tragavientos, protegido del señor Schottierzs, rey de las ruedas en un tiempo, cuyo solo nombre hacía temblar de espanto hasta á las pizarras del establecimiento.

Y en aquel escenario es tan variada la representación como son los artistas que se cruzan y las decoraciones que aparecen.

Linternas mágicas, cuyos lienzos iluminados representan toda clase de

paisajes, y desde la azotea en que funcionan detienen en la calle á cientos de paseantes y curiosos; músicos ambulantes por todas partes, con sus *órganos-carritos* dejando oír sus serenatas destempladas y atormentadoras: vendedores de "*¡fiori, fiori fresca, violetta franchesa doble!*", que en cada esquina forman un canton con sus canastos y sus ramos; mujeres floristas que hacen su comercio en las rottiserías y en los cafés... todo desfilando en una sucesión interminable á la luz que llega en oleadas de los globos blancos, de las vidrieras y los escaparates, de las bombas y de los arcos.

A cierta hora, las luces comienzan á extinguirse y las grandes planchas galvanizadas á correr como negros telones, en medio del chillido de sus ruedas, sobre el cristal de las vidrieras.

A cierta hora los paseantes desfilan por última vez y los arcos apagan sus luces; las puertas-vidrieras se descorren sobre las puertas-cristales; los dependientes en mangas de camisa cruzan los barrotes exteriores de los escaparates.

En una tienda se arreglan apresuradamente las piezas de género que las compradoras han dejado en desorden; un joyero retira de la vidriera del público sus brillantes y sus joyas,

que antes de volver al estuche, repasa cuidadosamente con su gamuza, y así se van cerrando las puertas, cuyos ecos parece que fueran amortiguados disparos hechos por fuerzas que huyen.

A cierta hora, la calle sumergida en un silencio de muerte, aparece con sus edificios de fachadas incoloras y sombrías, y con las bombas eléctricas que acaban de apagarse, ha quedado sumida en una penumbra llena de una misteriosa tristeza.

Envueltos en una espesa nube de tierra, vienen los carros del barrido con todo el aspecto de un escuadrón de artillería que avanza con intenciones de sorprender al enemigo, y con él, como sirvientes de las piezas, un ejército de barrenderos con sus largos escobillones al hombro, dispuestos á la carga á la primera orden del jefe que marcha al frente con su chambergo de alas caídas sobre los ojos y el rebenque acaricia el anca de su caballo enjaezado á la criolla, mientras que á la vanguardia hacen camino los carros del riego, más livianos, más tolerables, y los *limpia-cloacas* con sus linternas de mano y sus grandes ganchos de hierro, parecen verdaderos fantasmas metidos en sus impermeables amarillos con sus gorras adheridas á la cabeza.

Los *nocheros* cruzan la calle en sus victorias desvencijadas, haciendo vibrateos y chasquidos con los látigos sobre los rocinantes anémicos.

Y, allá, cuando todos los ruidos se han extinguido, tirado sobre el mármol de un umbral, con sus perros flacos y escuálidos, Grajera, el hombre de la mirada torva, de la cabeza gacha y desplomada, ha quedado temblando de hambre y de frío.



CLAREANDO...

CLAREANDO...

A Francisco Grandmontagne.

Las estrellas desaparecen en aquella oleada de luz súcia que comienza á diluir el sombrío color de las nubes. El cielo tiene una palidez enfermiza; las fachadas lo mismo, terrosas, descoloridas. Las primeras nubes ruedan agitadas por el fresco aire de la madrugada, mientras se alejan las otras, chatas, deformes, sombrías. La barullera metrópoli duerme; todo está sumergido en un silencio de muerte, no se oye un ruido, no vibra un solo rumor en el aire.

Es la hora de las últimas rondas cocheriles, del pintoresco desfile de los aurigas, súcios, descuajeringados, estrafalarios, que pasan en sus vehi-

culos desmantelados, al trote de los temblorosos rocinantes... Allá vá una victoria con sus faroles iluminados por una pequeña llama amarillenta que agoniza; el cochero sobre su trono, amodorrado, soñoliento, con la cabeza metida entre los hombros, los caballos envarados como si fuesen de una sola pieza, las patas hechas una llaga viva, cayendo aquí, levantándose allá; más allá un coupé de desproporcionada caja, de chillones elásticos, empañado de rocío, lleno de remiendos, hecho pedazos, bajo el chasquido del látigo de su auriga, mozo de abundante y luciente melena que lleva un chambergo oscuro, de ala rígida...

Cinco campanadas de estridente eco atraviesan el cielo de la dormida Buenos Aires.

En la estación Central, cuyas líneas se desvanecen á la mortecina claridad que cae del cielo apagado, silban dos máquinas, dos silbatos estentóreos, violentos, que vuelan al espacio y se confunden con el chillido penetrante, incisivo, de las sirenas; el alarido sordo y ronco de los vapores; el anuncio vibrante y agudo de todas las fábricas; el eco de las campanas de todos los conventos: el de las *Monjas Teresas* triste, apagado, que se adormece en el aire; el de los *Dominicos*, fúnebre, acom-

pasado, que resuena y se apaga en silencio; el de las *Carmelitas*, ágil, alegre, que repercute de un ámbito á otro, llevando en las invisibles alas del viento, lúgubres notas que golpean el alma...

Las cinco de la mañana. Buenos Aires no dá señales de vida. Las calles se pierden á lo léjos alineadas por los faroles del alumbrado público, descuidados, envejecidos, á través de cuyos cristales empañados hasta parecer opacos, asoma la muriente llama de gas que envuelve en una claridad indecisa el frente de los edificios.

Es la hora de las grandes sorpresas; los carros de la limpieza pública, borrándose en una nube de tierra, se anuncian á distancia, bajo el sordo rodar de los escobillones, arrastrados por las yuntas burlonas de las sufridas mulas, mientras que los del riego, rumorosos, pesados, y las fantásticas cuadrillas de los limpia-cloacas, enarbolando, á guisa de diabólicas insignias, sus descomunales hachones de petróleo, satisfechos, tranquilos, se alistan para marchar en presencia de la obra terminada.

Rostros anémicos, enfermizos, desencajados; allí van tres caballeros camino de Palermo, muellemente estirados en una victoria de alquiler, alegres, ruidosos, con un mañojo de marchitas flores en el ojal de sus jacquet sospe-

chosos; allá desfilan dos hombres sin domicilio, perdidos en las exajeradas maletas de sus haraposas vestimentas, dos atorrantes, de enmarañada melena que se derrama sobre los hombros en enredadas guedejas, que miran con unos ojos atravesados, que pasan sin articular una frase, hurgoneando los cajones de basura, recogiendo los desperdicios de alimentos ya servidos, dos hombres jóvenes, fuertes, robustos, de atléticas figuras...

De aquel café, de aquella negra zamburda, se escapa á la calle una nube pestilente, un aliento alcohólico que abochorna, y la atmósfera cargada de humo, llena de miasmas, que asfixia, que voltea, que sofoca, se renueva á impulsos de la fresca brisa matinal que lava los rostròs desgastados, y pasa por encima de todas aquellas cabezas caídas sobre las sillas y los bancos...

Los cuarteles vuelven á la vida; el clarín vibra impetuoso y la argentina diana sube al espacio coronada desde abajo por la sorda vibración de los tambores.

—

La pipa entre los dientes, el saco sobre un hombro, un montón de herramientas debajo de los brazos, la faz amarillenta, metidos en sus vestidos descoloridos, arrastrando sus zapatos

rotos, indiferentes, tranquilos, son obreros, aquella rumorosa banda de hombres que se derrama por las primeras calles.

Empieza el matinal clamoreo de la gran capital.

Los mercados han abierto sus puertas á la apretada avalancha de la clientela: es una ola furiosa, bullanguera la que rumorea en redor de ellos; las calles empiezan á recibir de cada barrio una impetuosa corriente humana, en tanto ruedan por ellas vehículos de todas las formas y todos los tamaños que van y vienen en medio de un traqueteo infernal.

Las carretas de la carne, agobiadas bajo el peso formidable de sus cargas. las cajas ensangrentadas, el carrero lleno de lampos y cuajarones; un carro de la limpieza atestado de residuos, fétido, de un olor punzante, con una nube de moscas amontonadas eternamente sobre la superficie; los carros cen-ceros de las lecherías, las ligeras jardineras de los panaderos, las chatas del comercio mayorista, de enormes ruedas estremecedoras, largas, pesadas, insoportables, repletas de mercaderías.

Las campanas de San Francisco llaman á sus fieles; las de San Ignacio y San Miguel despiertan sus barrios con

una salva atronadora; el Salvador hace lo mismo echando á vuelo las suyas, de quejumbroso sonido; la Merced, Santo Domingo, San Juan, el Cármen todas repican, todas dejan oír sus misticos redobles.

Una baraunda ensordecedora llena el aire, un runor estrepitoso, mezcla inaudita de todos los ruidos y de todos los gritos, una febril algarabía abrumadora.

Y aquella multitud negra, apretada, aturdida, de neutro color, vá y viene, aumenta, se renueva, engolfándose incesantemente á lo largo de las encajonadas calles de la ciudad.

Allá ván diez vendedores de diarios, diez anónimos campeones de la lucha, diestros, veloces, devorándose el camino á saltos, trepándose por los tramways, colgándose de los carruajes, corriendo detrás del cliente que se vá, solícitos, pregonando á grito de muerte el nombre de sus hojas, harapientos, desarrapados; allá van seis pintorescos industriales, con sus canastas colgando de los brazos, de caras abotagadas, devorados por la fiebre de sus miserables ganancias, de aros en las orejas, botas de relampagueantes herraduras, trages de rayada pana; allá se pierde una alegre nube de modistillas, bonitas, encendidas, roza-

gantes, muy presumidas, muy compuestas, mientras zumba todo aquel pueblo oscuro, se revuelve, crece, se arremolina, se ahoga, con la mirada triste y un sollozo oculto en la garganta...

El sol ha quedado centelleando en el horizonte y una luz copiosa, radiante, se derrama sobre la muralla gris de los edificios, erguida, altanera, cayendo sobre aquel revuelto oleaje humano que aumenta con el rumor de una marea desconocida...



NOCHES DE LA ÓPERA

NOCHES DE LA OPERA

A Ezequiel Paz

La sala está resplandeciente y todo naufraga en el creciente desborde de la luz. Se admiran las blancas escaleras, las immaculadas escaleras de anchas balaustradas, descanso de las estatuas que brillan á la luz de los globos y las lámparas de cristal cuajado, las régias cortinas de púrpura que se descuelgan de las altas galerías; se salva el amplio vestibulo recargado de oro, los amplios tapices, las alabastrinas columnas que sostienen el techo lleno de filigranas y arabescos, y se va á la sala, de una sensación trastornadora, de una belleza incomparable, grande, soberbia, triunfante, con el cielo de su techo lleno de sim-

bolos del arte, donde por entre el vago-
goroso velo de azuladas nubes se ele-
va con su alado coro de ángeles la
diosa de la música, saludada y ben-
decida en su ascensión á las cumbres
por todos los coros de las creaciones
modernas.

Allí está Otello en la negra tempestad de sus furores, en el estallido de sus pasiones salvajes, con toda la negrura de Satán dentro del alma; allí está Rigoletto, el juglar trágico, repicando los cascabeles de su vestimenta infernal, cantando del abismo al cielo; allá está la Borghia.—la Borghia de los furores indómitos, en la tempestuosa noche de sus sueños, agitando en las horas de su libertinaje sin nombre, centelleantes los ojos, centelleante la hoja del bárbaro puñal que esgrime; allí cruje el cordage del casco de La Africana bajo el ronco alarido de los vientos, á la luz de los relámpagos, bajo el eco de los truenos que se alejan rodando en el espacio mientras se estrellan las olas y la tormenta arrecia; allá está Aída, caída sobre el escenario, envuelta en las sombras de la muerte, grande y heroica, y allá siempre, entre los Amorcillos que danzan con sus liras y sus arpas envueltas en tules; allá está Verdi, allá está Rossini, allá está Boito,

el génio estupendo de la melodía reflexiva; allá está Wagner, allá está Meyerbeer, allá están todos...

La sala se descubre en su apoteosis: en un mar de encajes blancos, bajo el luciente brillo de la araña que se descuelga del centro con sus picos de rectas llamaradas encendidas en cien pequeñas lámparas, surgen los brazos desnudos, las alabastrinas espaldas, las contorneadas gargantas, nidos del deleite, los gallardos bustos, las pequeñas, las régias cabezas iluminadas por el brusco golpe de la claridad, las negras, las rubias cabelleras á manera de mil ligeras ondas que rompen la tersura de un lago de tranquilas aguas.

Descotes hasta el pecho coronados por golpes de flores; hombros lechosos bañados por ardientes ráfagas de luz; faldas régias que perfilan los muslos redondos y mórbidos, rostros de cera, de admirables líneas, de gentiles rasgos; lábios de grana, lábios de púrpura, ojos vivaces, inquietos, grandes ojos rasgados á la sombra de pestañas de renegrado esmalte; aquí, un gran collar de diamantes y de perlas que derrama destellos de amarilla luz sobre la blancura transparente de un descote; allí un aderezo de rubís y de záfiro de purísimas aguas, que

escintila, que fulgura en la suavidad admirable de una piel de raso; acá un brazalete soberbio, espléndido, una guirnalda de pequeñas estrellas cabri-llantes; allá una gran diadema de grandes, de lucientes piedras inmóviles...

Y á la claridad de aquel relámpago enceguedor de luces, en aquella atmófera cargada de mareantes perfumes, de desconocidas esencias; en aquel torbellino de encajes de una riqueza extraordinaria, de una variedad asombrosa; en aquella creciente marea de pedrería, una confusión de blancas, de inmaculadas pecheras, una série infinita de bustos rígidos, inmóviles, acartonados. contrastando con aquel delicioso grupo de pequeñas caritas, redondas ó afiladas, pero siempre finas. movibles, incitantes...

La sala está de una claridad desvanecedora.

Las baterias de la orquesta, los focos internos arrojan vivos reflejos sobre el escenario decorado por el telón del primer acto de *Guillermo Tell*; y los profusos racimos de las lámparas eléctricas, destacan las líneas salientes de los palcos á través de sus bajos relieves, de sus filetes de oro, de sus rosetones bruñidos, con sus barandas

de felpa granate, en cuyo centro aparece la obligada y aparatosa guirnalda de flores; con sus mujeres de brazos y de manos enguantadas, muy derechas, muy rectas, como si los cuerpos fueran de una sola pieza, algunas con la elocuente expresión de una laxitud, de un fastidio sin ejemplo; otras, mas pacientes ó mas animadas, moviéndose con estudiada coquetería; la platea entera con las hileras simétricas de sus sillas de respaldos dorados, fría, silenciosa, en que solo se mueven los grandes abanicos de pluma á un solo compás, á una sola orden invisible, como si el soplo de la muerte hubiera cerrado todos los labios pasando por encima de todas las cabezas...

Las galerías de la cazuela sobre un fondo movedizo y sombrío, con notas de todos los colores, de todos los tonos inimaginables, agrupada, apiñada, á través de su eterna confusión, con todas las apariencias de una enorme jaula que amontona sus pájaros inquietos y parlanchines...

El paraíso, la tribuna del jurado popular, pesadilla de todas las damas y de todos los señores; la ola negra, la ola impía, el tribunal del crédito artístico, cuyas sentencias cuando son adversas no tienen más apelación que la fuga del cantante; el paraíso, flan-

queado por los agentes del orden público, matizado por una concurrencia de la cual parten gritos y silbidos destemplados que llegan á la sala estallando en atroces injurias, sobre el oído de las damas y de los caballeros...

El telón cayó en medio de una ovación febril, estrepitosa: tres veces se levantó pesadamente para descorrerse de nuevo despues que la *soprano*, envuelta en su vaporosa y flotante túnica, de la mano del *tenor* y del *director de orquesta*, apareció en el escenario á recoger los ramos y las guirnaldas que se le ofrecian, saludando al público; mientras que sus acompañantes quebraban ceremoniosamente sus cinturas, arrojándoles besos que fingian llevándose las manos hasta la boca y describiendo con ellas una curva; tres veces se escuchó el *duo* final, de una armonía infinita, en que cada nota era un trino escapado de aquellas privilegiadas gargantas, de aquellas dos gargantas de oro.

El vestíbulo, asaltado por la concurrencia, brilla con sus columnas, y el alfombrado persa que ahoga los ruidos, con su araña de doradas cinceladuras, cuya luz se filtra á través de las gigantes cortinas que se descorren sobre las vidrieras empañadas por el aliento

invernal, una verdadera lluvia de rayos límpidos y regulares que se embotan sobre el ensamblaje, sobre los lucientes cristales que caen sobre aquel enjambre de hombres, tan acicalados, tan correctos, de todas las categorías. de todas las posiciones sociales...

Millonarios legítimos, millonarios en agraz, reputaciones hechas, supuestas reputaciones; allí está un banquero particular, un antiguo vampiro de las fortunas privadas, cuyas alas sombrías se ciñen todavía sobre un tendal de cuerpos que agonizan; allí está un político sin escrúpulos, cuyas faltriqueras podrían llenarse con las envejecidas letras de sus descuentos de otra época; allí está un ministro de larga y emocionante historia, deudor de todos los bancos, señor que administró la fortuna pública como si fuese la que heredó de sus distinguidos padres, muy orondo, muy satisfecho, conservando su habitual aire de petulancia, con los ojos clavados en el regatón de su varita que caldea y pasa con indiferencia sobre la punta de sus charolados zapatos; allí está aquel señor de ojos torvos bajo sus cejas prominentes, aquel hombrecillo, pálido y enjuto que se pescó una banca en la casa de los padres de la patria comprándose el padrón electoral de su provincia con

los sueldos de los maestros de escuela; allí en el círculo de aquella turba de petrimetros, tan pulcros, tan melindrosos, que lucen sus corbatas mas blancas que la nieve y cubren sus cabezas con los galerines de la última moda, allí está un viejo representante del cuarto poder, muy jovial, muy sarcástico, entreteniendo á un conocido hombre público con la narración de alguna pasada historia de sus tiempos de periodista; un ex-director de diarios, que imitando las habilidades de los hombres de Darwin ha ido trepándose lentamente, aunque dejando como recuerdo de su paso por estas playas el bulto de su conciencia innoble...

¡Oh la Opera!

Afuera, en la calle, á la desnuda claridad del gran foco que presenta las líneas de la gran fachada con sus altos cristales iluminados, una avalancha de curiosos, inmóvil, con los ojos y el semblante estupefactos, observa la llegada de los carruajes retrasados que se acercan con sus brillantes faroles encendidos, las esmaltadas cajas sudando bajo el copioso rocío de la noche, los cocheros metidos en sus libreas y las soberbias yuntas que se detenian bruscamente frente de la gran entrada, tascando los frenos, arrojando espumarajos, pia-

fando impacientes, sacudiendo ceremoniosamente las cabezas...

Había comenzado el segundo acto. De pronto estalló en la sala una tempestad de aplausos: la orquesta ejecutaba *piano*, *pianísimo* el solo de los violines de la célebre romanza, y los arcos á un solo movimiento, á un compás exacto, como si un resorte único los hiciera repasar las cuerdas: arrancaban las notas con tal limpidez, que el paraíso entusiasmado ahogaba la voz de los artistas, dirigiendo aquella ovación al director de orquesta que se destacaba en el centro con sus dos brazos abiertos, que se alargaban ó caían de súbito, que se alzaban impetuosos como si formularan una amenaza de muerte, para caer bruscamente de nuevo y rematar las últimas notas de un efecto mágico, de una impresión estupenda que sacudía á la sala entera, tan reservada, tan parca en sus manifestaciones...

Los últimos espectadores entraron al recinto en ese momento: el señor Rivolta, un hombre pequeñito y obeso muy derecho, muy enguantado, con su señora que tenía una cara de muñeca, muy coloreada, ocuparon sus butacas contiguas á las de la viuda del doctor Roccamora, una señora tan mal

humorada como interesante, con sus tres distinguidas niñas á quienes turnaba en el órden de sus asientos para evitar el *flirt* con un hábil caballero que ocupaba una de las lunetas contiguas; el señor Gómez, antiguo empleado de la casa de las estampillas, tratando de imitar ese rasgo de buen tono que caracteriza á no pocos clientes de Ferrari, se apareció en ese instante, muy elegante, muy indiferente, haciendo levantar de sus asientos á una hilera entera de señoras y caballeros que eran sus vecinos de la platea; el jóven Tiralibras, el insolente, el fatuoso millonario, aquel caballero acostumbrado á lucir diez trajes en el día y diez coches en la semana, que cuando aparece en alguna parte, todas las miradas convergen sobre él, tratando de investigar las causas de su funesto desequilibrio, entró á grandes pasos, produjo todas las molestias posibles y se sentó tan tranquilo clavando sus anteojos sobre la *Raccinelli* que lloraba á los piés de su descorazonado amante,—el tenor,—mientras que el señor de la Cueva, un comerciante de burda fisonomía, con sus carrillos muy inflados, aparecía del brazo de su señora, lujosamente ataviada, de facciones un tanto fofas, que ostentaba un ceremonioso peinado y

llevaba un gran vestido de rozagante cola...

Y en el aire, cargado de una embriaguez deleitosa, estremecido por bruscas ráfagas de vida ardiente, en el excitante vapor de los perfumes, en esa atmósfera de efluvios que sofoca,— un mundo de ensueños sobre-humanos, una sed de goces que reviven y se apagan, deseos que no tienen nombre, entusiasmos de corazones ideales, enfermizas pesadillas del espíritu...

En aquel palco sobre que convergen dos racimos de lámparas rosadas, están las señoritas hijas de un envejecido proveedor militar, cuya fortuna quedó afianzada en tres años de relaciones con el gobierno, tres interesantes niñas que yerguen sus bustos de saltantes curvas; en aquel otro palco, cuyas cortinas se descorren sobre el fondo con toda discreción, está la señora de un ex-hombre público sobre quien la acción del tiempo ha descorrido su fúnebre mortaja, que actuó ruidosamente y concluyó fugándose de su país en una gira por el mundo entero; en aquel otro palco de una galería mas alta, está Bray con su esposa, que luce sobre su alto peinado una diadema deslumbradora, destacando su rostro de artificial palidez; mientras que más allá un per-

sonaje de cuantía, muy arrellenado en su butaca, con las piernas entrecruzadas, que en aquel momento tiene sus ojos clavados sobre el coro de mujeres que cantan en el escenario y la imaginación en el negocio pendiente con la administración municipal, para el suministro de drogas á los hospitales...

Allí en el palco de las de Valdés, muy afiligranado, muy chic, aparece Urdino, con una gardenia en el ojal de su flamante frac, un caballero de quebradiza cintura, almibarado, meloso, que se pasa la función de palco en palco visitando á sus relaciones para no pagar el billete de su asiento, amable, distinguido, pero muy pobre, mas pobre que las ratas; allá está el señor de la Rueda, grueso, encendido, despanzurrado, de largas patillas que ocultan su blanca pechera, con su señora muy empingorotada, que saca su mórbida garganta por entre el petrificado encaje de su raro vestido; allá están las de Picafloras, de blanco; las de Linares, de crema; las de Andrade, de rosa con franjas celestes; las de Willman, las de Tormes...

Allá, en el paraíso, está don *Titto* el pastelero, que aplaude frenéticamente; don Rufo, muy peinado, muy compuesto, con su gran cadena de plata y

el retrato de la *donna* que ostenta en su relicario; don *Eggisto*, un crítico implacable, que como siempre, se marchará muy disgustado haciendo un imaginario parangón con el "Guillermo Tell," de la "*Escala di Milano*,"; D. Turiddu director de la Orquesta de "*El Verdi*,"; D. Onofre, propietario de la *Trattoria Piemontese*, que golpea sus manoplas inmensas, D. Carlo que agita victoriosamente su sombrero, Don Alfio, cajero de la "*Bottiglieria di don Crispin*," que se rie moviendo sus exagerados carrillos, el paraíso entero, impetuoso, rugiente, saludando la caída final del telón, bullanguero, ruidoso, como una tempestad que se desencadena de pronto, en medio de la formidable salva de sus truenos...

En el vestíbulo:

—¿Lo has visto á Martinez Raquel?

—Qué pregunta hijita!.. ¡quién no vé á ese zonzo!

—Y tú á Gimenes?

—Cállate con ese papanata...

Altas, de armónicos perfiles, de provocativas curvas, refugiada cada cual en sus vaporosos tapados de ricos encajes,—las de Villamil y las de Gorerini, recogiendo las colas de sus crujientes vestidos, del brazo de sus mamás, dos arrugadas damas de em-

polvadas cabelleras, adelantaban paso á paso por entre la avalancha de la concurrencia estacionada en el apretado vestíbulo, lleno de discretos cuchicheos, de habladurias, de murmuraciones, predilecto escenario de la malevolente crítica, de nuestros intrigantes chismes aristocráticos, donde á la luz de las bombas eléctricas, rueda entre sombras un nombre acrisolado, una reputación hecha, merced á los furiosos cortes de cualquier *corre-veidille* de nuestros salones.

—El Dr. Pamperos.

—La señorita de Galindez.

—Y aquel de la derecha?

—No lo conoces?

—¡Qué asombro!... pues no sé quien es...

—Esther!

—María!!

Se clavaron sus burlones ojitos escondidos á la sombra de unas renegridas pestañas artificiales; sonrieron disimulando el ligero pliegue de sus labios con el pesado abanico de plumas,—y dirigiéndose una al oído de la otra, las lindas señoritas del general Menendez, hicieron en dos palabras la espléndida biografía del mozalvete aquel, un provincianoje arrevesado, un fátuo cualquiera, aparecido de la noche á la mañana sobre las revueltas

y turbias aguas de nuestra embrionaria sociedad.

—No digas?

—Bah... ¡ya sabes que soy poca amiga de las exageraciones?

—¿Y quién te lo ha contado á tí?

Esther dijo un apellido.

María se puso á reir.

—¿No me engañas?

—Hijita!!...

—Yo no lo saludo mas....

—Ni yo tampoco....

—El 245!—dijo de pronto con su vozarrón de trueno, uno de los vigilantes estacionados en las veredas del teatro, asomando al vestíbulo, su cabezota exajerada, perdida bajo el blanco penachó del morrión policial.

—Por acá, mamá, por acá...

—Le conoces?

—Mejor que tú...

—No embromes!

—Bah!

—¡Mentiroso!

—Calumniador!...

El Dr. Urdino, un abogadillo recién iniciado en la turbulenta vida dorada, estuvo á punto de caer de espaldas.

—Me asombra!..

—Y porqué?

—Habrador!

—Inocente!!

Y los dos se perdieron, con sus ci-

garros encendidos, por entre el creciente oleaje de la concurrencia.

Allá vá el señor Alvarez, naufragando en los inhospitalarios fondos de su frac alquilado; las pintarrajeadas señoritas de Mendez.—tres ramilletes de confitería,— descarnadas, desvaídas, muy echadas para atrás, empeñadas en hacer que sus erróneas siluetas se destaquen sobre las vulgares líneas de las demás; mientras que allá, colgando del brazo de su esposo, gallarda, altanera, encendida, la linda señora del ministro Urbiondo, una dama de esbeltas formas, en cuyas orejas relampagueaban dos costosísimos brillantes...

—¡Ah las provedurías!

—Pero callate hombre que te puede oír...

—¿Y qué pierdo si me oye?

¡Qué temibles escalpelos las lenguas de aquellos muchachos con caras de muñecas!

—Y un tramposo además...

—Pero hombre!..

Jorge Lines se quedó con deseos de acentuar más aún el perfil moral de su víctima, cuando volvió la cara al rumoroso y compacto grupo de sus amigos.

—¿Que hay caballeros?

—¿No la ves, papanata?

Lines abrió sus fulgurantes ojazos.

—¿A donde?

Se empinó ligeramente.

—Con las de Magallanes y las de Patil....

Se calzó los guantes, dobló su acartonada cintura varias veces y... "hasta mañana muchachos,"—dijo á sus compañeros de la platea, abriéndose camino á duras penas, mientras agitaba su correcto galerín, repartiendo saludos á derecha é izquierda.

—El señor Lines.

—Servir á vd...

—Adios Jorge.

—Señorita...

—Caballero...

Y se perdió el oscuro mequetrefe, el insaciable criticastro, lengua de víbora, moviendo sus aflautadas y secas piernas.

Miradas que apasionan y miradas que hielan, ojos terribles que descubren en silencio la prodigiosa curvatura del soñado busto... ¿pues no estaba allí, á pocos pasos del senador Lasolfa, el infeliz del Dr. Salinas, zurdamente metido en un frac de "*Las Tres Bolas*", haciendo prodigios por querer agradar á la linda señorita del coronel Gramela?

—Es un desgraciado...

—Eso ya se sabe...

—Y además un...

—Un qué?

—¡¡El 536!! volvió á gritar el cabo de la voz de trueno, señalando los carruajes que llegaban bajo la resonante pisada de las briosas yuntas cubiertas con sus pequeñas mantas rayadas.

—Nuestro coche Rodolfo.

—Dos minutos hijita.

—Entonces firmará mañana doctor— prosiguió Rodolfo alargando su mano á un conocido director de banco—que iba del brazo de sus niñas embozadas en sus capitas de raso blanco.

—Con toda seguridad respondió el banquero.

—Muchas gracias Dr., agregó Rodolfo Subiría, mientras por la décima vez solicitaban desde afuera á los ocupantes del...

—536, 536, 536!!!

—

Y en aquel mar de luz, en medio de aquel torbellino de gente que se agolpaba y se revolvía con la movilidad de un hormiguero humano;—en el instante en que la gran araña palidecía con sus cien luces y los racimos de lámparas rosadas extinguían sus pequeños focos inmóviles,—comenzó el desfile de la concurrencia, el invariable desfile de siempre, bullente, fastuoso, en que volvieron á brillar de nuevo las

diademas y los brazaletes, los collares y los aderezos, las rubias, las negras, las ondulantes cabelleras encrespadas, bajo las salientes notas del raso y de la seda.

¡Oh la Opera!



LA BOCA

LA BOCA

A Roberto J. Payró.

Un rumor inmenso vuela á lo alto de aquel hormiguero bullidor. Y en aquella atmósfera cargada de fetidez, henchida de olores acres, repercute sonoro y vibrante el bullicio, el estrépito de la enorme multitud. Bajo el pálido cielo que recorren diáfanas nubes, se ahogan los inmensos ruidos, y, chata, cuadrada, maciza, nace la Boca, coronada de mástiles, en medio del juncal de sus lagunas y los innúmeros arroyos de verdosas aguas. Es aquello un gran mercado; se habla en todas las lenguas, se grita á todas horas. El río, á lo lejos, dobla el arco luminoso de sus aguas y muestra airovas velas que se acercan ó se alejan,

flameando al aliento de los aires, enormes cascos que cruzan como una exhalación, envueltos en la humareda colosal que arrojan las grandes chimeneas; el río, de cerca muestra muchas otras cosas... En la bruma de la mañana languidece la lengüeta gigantesca de la costa quilmeña, y allá se borra su caprichosa silueta que se yergue arrogante como una inmensa faja de esmeralda sobre el tono grisáceo de las aguas. El río de cerca se pierde en perspectivas... La cubierta negreando de gente, el estrépito ensordecedor de la hélice—de la hélice que desaparece en un colosal hervor de espumas,— el casco ligeramente inclinado, dos velas desplegadas y una á medias, avanza el *Phoenix*, un mónstruo, un coloso, un súcio, cuyo vientre abultado se colora de vetas y de extravagantes pintarrajos. Grandes sombrillas¹ verdes abiertas. flamantes trajes de cota rayada y ojos ávidos, ansiosos, desesperados, miradas de asombro, exclamaciones de júbilo, risas y cantos, lloriqueos y alegrías. En una promiscuidad que encanta nos llega aquel bonito obsequio... de la Turquía.

Bajo el coro vivoreante de las sirenas de los remolcadores, que penetran, que perforan, el silbato estentóreo de los trenes que cruzan y se pierden co-

mo relámpagos, el rugido sordo, estremecedor de los paquetes que salen y que entran, el agudo clarín de los barcos de guerra, el incesante chillido de las cornetas de los tranways, se está en tierra y á la vez se está en el agua, oyéndolo todo, mirándolo todo, bajo la misma faz, en el orden exacto en que se desarrolla.

Las veredas semejan desde lejos un gigantesco hormiguero humano, y de trecho en trecho, salpicando el alegre tono de los grupos, se nota la variedad de tiendas abiertas al aire libre, alrededor de las cuales se agolpa un enjambre de clientes ó de curiosos. Una turca con su vitrina coloreante detiene el paso del transeunte para mostrar á Jerusalén en el ojo de un cortaplumas; un mendigo hace exacta cosa para exhibir la fístula repugnante de su cuerpo y excitar la conmiseración de quien lo ve; el ruletero ambulante cuya carpeta obscura se extiende con una série de fichas encima de su mostrador portátil, tira los dados que han de decidir el final de la partida; el químico R., con su jabón y su pasta para la ropa y los metales "premiada en Francia, Italia, Alemania, Japón y China", endilga á sus cándidos oyentes la colosal tirada de costumbre; el doctor Z., instalado en

su cómodo landolet tirado á seis caballos, hace la curiosa historia de su descubrimiento, una maravilla, para sacar las muelas sin producir dolor; y, cerrando el cuadro, destacando sus exóticas figuras, otra media docena de raros, de maleantes industriales, con la faz enrojada, como odre, después de los ardientes discursos y proclamas con que acometen á todo el que se detiene á oírles...

Rostros tostados por los vientos del mar, potentes pechos velludos que la camiseta marina deja en descubierto, anclas en la frente y anclas en los brazos, especie de marcas de fuego que sellan la profesión, unos hablan y otros no, todos dicen de dónde llegan, aunque de todos, la mayoría ignore en qué país están.

Allí en una gran sartén se fríe una montaña de pescado que recién comienzan á cerrar los ojos; más allá, en una fonda, se confeccionan croquetas y buñuelos de harina de maíz rociados con vino Liguria, y para que el olfato de los transeuntes termine de apercibirse, se tuestan castañas, se despachan huevos fritos y se asan gigantescas sartas de chorizos. Todo al aire libre, todo incitando al que pasa. Desde aquellas cocinas instaladas en la vía pública se dirige la provocación

más inaudita á los estómagos sin lastre.

Más allá, y más alto, en una confusión que asombra, un laberinto de velas de todos tamaños, de todos colores, matizadas por los primeros reflejos del sol de la mañana, inmóviles, sin alientos, prendidas de los mástiles en medio del tupido cordaje que las sujeta.

Allá está el lanchón carbonero que negrea desde lejos con sus bordas que el agua nivela, con sus tripulantes que parecen fantasmas aterradores, negros los ojos, la cara y las manos negras; más allá un inmenso bergantín atestado de bolsas, á sus costados media docena de juguetonas lanchas pescadoras, y á otro rumbo chatas, chalupas, barcas, canoas y otros mil náuticos vehículos. Allí se narra un tiempo memorable salvado á la "capa," con truenos, relámpagos y olas grandes; allá sobre la pequeña cocina de cubierta se atiende á la merienda próxima; acá se juega á los naipes y se expone el jornal de la quincena recién cobrada; más allá se entona una lánguida canción marina que se acostumbra á oír cuando la quilla rompe las olas bravas, y mientras unos trabajan otros se pasan las horas, al revés, esperando el repunte ó la calma. El indus-

trialismo de ese barrio es incansable y sus bulliciosas horas son el barómetro de su movimiento.

Cuando el sol comienza á descender y la luz naufraga en las turbias aguas del crepúsculo, bajo el manto obscuro de la noche se encienden los focos parpadeantes de las embarcaciones, entonces cesa el diario trajín del agua, porque empieza la nocturna función de tierra... El teatro de vistas está de gala. Cuarenta vidrios de aumento encantan los ojos hipnóticos de los admiradores, y se representa: "Un episodio de la guerra de Cuba", "El terrible incendio del puerto de Gibraltar", "La muerte del presidente Carnot", "Un bochinche en la Cámara francesa", "El casamiento de la princesa Alice con Nicolás III", y todos los hechos y escenas que la historia de los tiempos presentes haya bosquejado. Se juega á la murra y bajo el concierto melódico de los mandolines y los acordeones, se alza la voz y se canta hasta desgañitarse. Alegran el espectáculo los remates nocturnos, los cafés y las fondas, y en todos ellos la misma atmósfera, el mismo aire, terrible, asfixiante. Una diva del café cantante acaba de salir al escenario y una nube de aplausos la acoge, mientras camareros y camareras se deslizan dejando la dosis do-

ble y repetida de la popular "Grappa," del célebre "Lighera." Todo el mundo ríe, aplaude y bebe, y todos, siguiendo la eterna ley de los contrastes, entregan las economías del día á los hambrientos bolsillos del afortunado propietario.

.....

Cuando de nuevo vuelven á brillar las primeras luces, la Boca cambia su antifaz y esconde sus galas artísticas de la noche á las manifiestas tentaciones diurnas.



EN UN MERCADO

EN UN MERCADO

A José Luis Murature.

Las nubes comenzaban á clarear.

Grandes lampos difusos manchaban los ámbitos del firmamento, y por el oriente llegaba una enorme ola blanca ahuyentando la oscuridad.

Las estrellas iban desapareciendo lentamente, y en medio de la luz y de las sombras, el horizonte extendía su línea de pálidas tintas, de suaves coloraciones. No vibraba un rumor en el aire y bajo el cielo terroso, las calles desiertas y sombrías, sumergidas en la desteñida claridad de la madrugada, se alineaban con sus edificios de fachadas incoloras.

La luz fué acentuándose poco á poco y cuando por entre los azulados va-

pores matinales se extinguieron las últimas dudosas sombras, el sol rompió las nubes en medio de una gran fulguración.

Buenos Aires acababa de despertar.

Los mercados se poblaban de gente: las calles vecinas eran la corriente obligada de aquel interminable destile, de aquella sucesión infinita de figuras y de tipos que se revolvían con una agitación de hormiguero, en medio de una dispersión colosal. Grandes canastos vacíos ó rebosando de provisiones; pequeños cestos de mano que colgaban de los brazos de sus propietarias, bien llenos, bien repletos, curiosas redes de proveduría, por entre cuyos claros lucían sus colores las coles y las remolachas; todo visto y observado al través de la distancia.

Los industriales de siempre abrían sus vidrieras junto á las puertas de entrada. Un vendedor de títeres excitaba la hilaridad del público con las piruetas y las muecas de sus personajes de madera, que movía por medio de una cuerda: un chariatán que se decía *químico* efectuaba un gran negocio vendiendo tantos jabones *sacamanchas*, como el número de inocentes ó bobalicones que lo contemplaban con los ojos bien abiertos; un afilador hacía de las hojas enmohecidas temibles hojas

afiladas merced al invento de su piedra *mágica*: dos turcas desgredadas y horrosas hablaban en su lengua intrinca ofreciendo en venta peines y peinetas de carey, anillos y pulseras de *doublé fino*, y dos lustrabotas instalados en sus sillones de enormes respaldos, pegaban con sus cepillos sobre sus cajas y decían *¡lustrá charole marchante! ¡lustrá charole con cira!*

Los mercados se poblaban de gente.

Un rumor de bullicio se desprendía de la multitud abigarrada y compacta; la clientela se agitaba como en una gran colmena, los hombres y las mujeres iban y venían, se detenían aquí y allá, proseguían la marcha, se perdían á lo largo de las calles estrechas que desfilaban por entre montañas de verdura—y en los puestos de la carne, en las queserías, en las fiambre-rias, se formaban grupos inquietos y movedizos de todos los aspectos, de todas las clases, chillones los unos, mudos los otros, todos empeñados en terminar las compras de la mañana.

En los puestos de la carne, la clientela se arremolinaba en forma de una pequeña ola rugiente, pronta á estrellarse contra los ensangrentados mostradores de mármol; las reses pendían de enormes ganchos colocados simétricamente. Un gran costillar recién dividido por la

sierra, destilando aún gotas de sangre, era disputado por dos propietarios de hoteles que lo devoraban con sus miradas tentadoras; un trozo de vaca de una gordura primorosa era examinada minuciosamente por una señora, dueña de dos gafas de vidrio que rebosaban sobre su nariz prominente y sin gracia, y seis cocineras charlatanas y alborotadoras que la miraban de un lado, la observaban del otro, y concluían provocando el obligado escándalo; una falda, especialmente separada, cuyo maestro corte denunciaba la obra del *carero Battistin*, caía del gancho, rozaba el mostrador y casi llegaba al suelo, provocando de cada interesado una palabra de admiración y otra palabra de consuelo,—y los costillares, y los trozos y las faldas, seccionadas y divididas, de todas las clases y de todos los precios, gordas y flacas, grandes y pequeñas, colgaban á cierta altura, excitando el interés de la bullanguera concurrencia de compradores.

Un hombre sudoroso y jadeante, trataba de fraccionar con una sierra de dientes dobles, una enorme res recién desollada y abierta,—otro hombre—un atleta, musculoso, barbudo—esgrimiendo una cuchilla horriblemente afilada, con las manos llenas de

cuajarones de sangre, cortaba una falda ya separada y vendida,—y mientras unos, solicitados por el reclamo incesante de los clientes depositaban en los canastos porciones ya negociadas, cambiando diálogos tan apresurados y rápidos como lo exigía aquella azarosa mañana.—otros, metidos en sendos impermeables amarillos con sus capuchas bien caladas, entraban con los cuerpos arqueados, cargando sobre las espaldas reses enteras, de pesos inauditos.

Y en medio de una labor sin tréguas, en el estruendo de aquella febril algarrabía, cada hombre movía los brazos sin levantar los ojos: allí se afilaba un cuchillo en la *chaira* (cuyas hojas al rozarse despedían chispas luminosas); á otro lado, en medio del tarareo de una antigua canción del mercado, se sentían acompasados golpes de hacha que se asestaban certeramente sobre una cabeza de vaca por un hombre de abultados carrillos, que guardaba un *cavour* detrás de la oreja; á la derecha se abría velozmente un cordero cuyos intestinos—los inservibles—iban á apaciar el hambre de dos desgraciados hombres sin domicilio, que acostumbraban á esperarlos como á su anhelada salvación diaria y á un límite y á otro, algo siempre nuevo descubrían los ojos, en aquel vasto y complicado escenario.

En un grupo de cocineras blancas y morenas, rubias y pardas, en uno de esos temibles grupos de las sisadoras de *La Gran Via*, se ponía en tela de juicio el estado económico de la casa del señor Cienlucos, cuya cuenta de crédito acaba de concluir; se hablaba de los formidables banquetes que á costa de sus flamantes pesos se ofrecía á sí mismo el obeso estanciero señor Novillos, de cuya generosidad hacía grandes elogios una pardita enclenque y escurridiza,—Carolina, su cocinera,—y allá se hundía en el abismo del descrédito el nombre y la fortuna de la viuda del doctor Pamperos,—allá rodaba hecho pedazos el acrisolado nombre del señor Vidaturbia, á la vez que sin reservas, ni misterios, la cocinera de la casa de Mendez contaba algo de las costumbres de su nueva casa, y la del señor Malaespina, un desgraciado corredor de bolsa, hacía que se dudara de los escándalos que refería.

Rosalía, una mujer flaca de elevado talle, de ojos huecos, hablaba incendios de las tres niñas de su casa; *Juana*, una morena pequeña y gordiflona, cuya verbosidad era un torrente eterno, hacía resaltar á su manera el violento carácter de su señora,—la viuda del doctor Mostacillas:—*Elvira*, una

muchacha de fisonomía móvil y cambiante, que invertía la mitad del dinero en las compras del mercado y la otra mitad se lo acomodaba en el fondo de sus maletas gigantescas, ridiculizaba la vida del joven matrimonio á quien servía; *Eduvigis*, una parda arrugada y vieja, cuyos ojos se apagaban en una miopía sin ejemplos,—estallaba en blasfemias contra sus patrones infelices,—y unas y otras, con sus canastas en los brazos, reunidas aquí y allá, levantaban sus voces chillonas que se apagaban en aquella barraunda estruendosa y febril.

Y despues, en el centro, ofreciendo el marco de aquellos primeros cuadros del paisaje, de aquellos trozos selectos de la decoración, los puestos de verduras, las fiambrieras, las queserías, los puestos de pescado, las pequeñas tiendas, los kioskos del pan y las ruidosas pajarerías, donde confunden sus trinos los canarios y los tordos, donde las quejas monótonas y tristes de las palomas se apagan en el cacareo sin trégua de los gallos de amoratadas crestas, donde mil pájaros de brillantes plumajes levantan sus cantos en coro, cuyos ecos vibrantes se ahogan en la pesada atmósfera de la trastienda que amontona sus jaulas.

Una enorme pila de coils de un mis-

mo tono, cuyas hojas se habrían infladas, neutralizaba el color subido de las remolachas, esparcidas sobre una gran lona estirada en el suelo, á la vez que numerosas riestras de ajos tejían caprichosas guirnaldas que se enlazaban entre sí y aparecían contorneando el fondo de los cuadros verdes y animados de la lechuga ó proyectaban su sombra sobre las montañas de cocos, sobre el desparramo infinito de las naranjas, ó los negruzcos cascotes de bananas, recién llegadas, ó los racimos copiosos de uvas blancas y rojas que pendían de un tejido de hilos confeccionado apropósito.

Se veía un grupo de changadores de boinas azules y coloradas, sentados sobre canastos, otros en cuclillas, algunos empeñados en lucir sus fuerzas hercúleas, trenzándose entre ellos, asestándose rudos golpes, y de vez en cuando cayendo y rodando con sus cuerpos sobre el pavimento; y se veía á otro grupo de cocineros con sus blancas gorras intachables, seccionando y eligiendo los trozos preferidos, las frutas elegidas y ya compradas; á tres hombres con los ojos bien abiertos, hurgoneando un montón de desperdicios amontonados en un extremo y á varios *reseros* con las caras sucias y con trajes que desaparecían en enor-

mes manchas de sangre y de tierra.

En la fiambrería *A la bella Elena*, lucían grandes jamones llenos de adornos colocados sobre la blancura sin tacha de los mostradores y desde el techo colgaban cientos de vejigas de grasa, que alternaban con los canastos de huevos y las montañas de quesos de variados colores, cuyo olor penetrante embalsamaba el aire.

Y los géneros apagados y desteñidos de una tienda abierta bajo el cielo sin nubes,—que ondulaban y se perdían en un laberinto de piezas en desorden,—las tiras de bramante que desaparecían por entre los pliegues de otra variedad de gustos, mas ó menos dudosos; los montones de sombreros de todas las formas y todos los estilos, cuyos precios llamaban la atención de los frequentadores del mercado, y el surtido inmenso de artículos y de chucherías que por todos lados asomaban, ofrecían el detalle acabado de aquel escenario del comercio.

Después, cuando la mañana termina, los mercados cambian de aspecto: se apagan los ruidos, se extinguen los rumores de aquellas agitadas horas, hasta el siguiente día en que empieza la misma representación con los mismos artistas y la misma obra, cuyo mérito real no todos conocen.

LA MISA

LA MISA

Las campanas repican los últimos toques: en la torre mayor un popular pilluelo del barrio, desconocido ahora bajo el adobo de la sobrepelliz, jadeante, rendido, pica las notas graves cuyos metálicos ecos se apagan en el clamor de la campana de*** — una enorme campana enmohecida que cuelga del centro de la segunda torre,— una torre agrietada, descolorida, vetusta, que levanta su ruinoso esqueleto seguro y recto en el aire.

En el átrio recuadrado por gigantescos muros, igualmente sucios y des-pintados, bajo el alegre sol de la mañana, cuyos rayos se quiebran en las vulgares líneas del frontispicio, desnudo de galas arquitectónicas, después

de iluminar las grandes rejas de potentísimos barrotes, que alzan sus cuerpos hasta rematar en la humilde cruz, un barullero enjambre de pilluelos, sucios y harapientos, arrastrando sus zapatos derrengados, corretean á lo largo del átrio jugando *á la mancha*, bajo la mirada furibunda de un clérigo flaco y alto, pálido, ojeroso, que los observa desde la entrada, con una bandeja sobre las rodillas, en frente de la imágen de San Pedro, colocada entre cuatro cirios encendidos en altas llamaradas.

A poca distancia los pordioseros de siempre: una turca embozada en un chal de verdoso merino, miserable, repelente, que los domingos pide limosna y el resto de la semana vende *¡cosa linda barata!*; una niña encajonada en un pequeño carrito de ruedas, la cabecita caída sobre la almohada, la nariz picada, algunas manchas cobrizas en la frente y en los brazos, la boca entreabierta en un resuello breve y jadeante, las piernas rígidas y las manecitas acariciando maquinalmente la cabellera de un muñeco de cera y de madera; una mujer con el brazo estirado en actitud de doliente súplica, con sus antiparras ahumadas que velan sus ojos, y un hombre finalmente, que descubre una pierna cubierta de pústulas...

— *Una limosna señor!*

— *Una limosnita para un pobre ciego!*

Llenos de crispamientos y de muecas horrorosas, aquel enseñaba su brazo mutilado y llagoso, el otro, con un aire enfurruñado y envejecido, siendo un joven todavía, mostraba el brazo izquierdo tronchado por la mitad; la turca masticaba un borbotón de frases incomprensibles; la madre de la niña mecía el carrito, tratando de aquietar á su hija, por cuyo rostro de malsana palidéz corrían algunas ligeras lágrimas...

Las campanas dieron en ese instante el último de sus repiques.

Bolita, el pilluelo de la torre mayor, con el rostro encendido y las piernas enredadas en su incómoda sotana, coronó la obra con una série de toques agudos y penetrantes que se atropellaban y recorrían toda la escala, sin orden, sin diapasón, á la vez que don Rufino, el sacristán—con su gorra de jockey, alto y descarnado, de enormes patillas flotantes,—exaltado por una reprimenda inmotivada del capellán del día,—á quien por olvido había dejado sin el chocolate matinal,—tiraba con ambas manos de la sogá de la campana mayor, atormentando al vecindario con la atronadora salva de sus toques.

Las dos naves de la iglesia están repletas de fieles.

Es una muchedumbre negra y abigarrada, cuyo color neutro resalta á la amortiguada luz del sol que filtra sus rayos por las claraboyas de color, jaspeadas y labradas.

Allá, en frente del altar de Santa Marta, lleno de cinceladuras y dorados, cuyas líneas salientes se borran en las volutas de humo del incensario, con la imágen de la virgen, cuyo purísimo rostro ilumina un enjambre de cirios de inmóviles llamas,—bajo la humilde toga de su órden, gallardo el talle, ámplia la frente y aguda la mirada bajo las cejas de gran arco,—don Salustio el capellan, oficiaba la misa que *Bolita*,—el pilluelo de ensortijados cabellos,—ayudaba con fingida unción alentado por las promesas del opíparo almuerzo de mas tarde y la obligada propina semanal despues de la revolución de sus repiques.

A pesar de la hora, los fieles de don Salustio,—decidido aspirante á la toga cardenalicia,—continuaban llegando en medio del sonoro rumor de los pasos que repercutian bajo las arqueadas bóvedas de la capilla.

La señora de Martinez, esposa del boticario de la media cuadra, muy recatada, muy compuesta, lucía un gran

vestido de raso granate lleno de franjas y riquísimas blondas, cuyo roce dejaba al pasar la invisible estela de un vago rumor; la señora de Banderrillas, con el rostro lleno de afeites y coloretes, alta y rozagante, lucía un fantástico sombrero de teatral efecto con dos plumas amoratadas que se balanceaban al compás de su marcha afectada y sin gracia; la condesa de Flores con dos enormes aros de vidrio que colgaban inícuamente de sus orejas coloradas y regordetas, se daba grandes golpes en el pecho y revolvía sus ojos que miraban de soslayo las vistosas capas de las señoritas de Trigo, quienes á su vez clavaban los suyos inquietos y burlones en las páginas de los *Siete milagros* y en la acartonada figura de un acicalado petimetre de ajustada levita y cuello de desmesuradas puntas abiertas. que las miraba con ternura infinita.

Bolita agitó ruidosamente la campanilla y don Salustio doblando su cintura en una magnánima reverencia, golpeó su pecho con la cabeza bendiciendo á Santa Marta mientras apuraba unas gotas de *priorato especial*,—la sangre de Jesucristo, que contenía el lujosísimo cáliz, en cuyo luciente esmalte se quebraban las luces de los cirios y los apagados reflejos del astro.

Un ruido extraño voló de la muchedumbre á las arcadas.

Las señoras abandonaron sus asientos de los escaños, barnizados de negro, y quedaron de rodillas sobre el mosaico del templo; varios hombres se pusieron de pié agachando la cabeza; otros mas resignados ó mas devotos imitaron á las damas, algunos dijeron fervientemente la misma oración, otros se limitaron á clavar sus ojos en la imagen de la virgen; despues de todo lo cual volvieron á sus asientos á tiempo en que el capellan, con la mirada fija en la claraboya de los vidrios rojos [y verdes, hacía un signo con las manos y bendecía á la multitud masticando una série de ásperos latinajos.

Teressina—la hija menor de D. Pipo, antiguo fidelero del barrio, que asistía con toda su familia á la misa,—se puso á llorar desaforadamente; doña Genoveva, de rodillas junto al conteso-nario, envuelta en un espeso crespón que ocultaba las dolorosas facciones de su inconsolable viudez, confesaba roncamente todos sus pecados; *misia* Ramona, en medio de su gran recogimiento y de sus exagerados hábitos religiosos acostumbrada á batirse con los sacristanes todas las mañanas antes de abandonar el templo, tuvo un

altercado con el Sr. Gorleri, cuyo asiento había ocupado por equivocación, á la vez que en uno de los bancos de la nave de la izquierda, cerca de las pilas del agua bendita en que metian las manos dos hombres y tres mujeres, junto al altar de *San Francisco*. se oían los murmullos de dos elegantes niñas, que se reían sin escrúpulos, de los aros de la condesa de Flores, de la gorra de la suegra del Dr. Tangredi y de las descomunales carabanas de la *donna* de D. Pippo, esbozada en una mantilla napolitana.

Ha terminado la ceremonia del domingo en la capilla***

Antes del desfile todo el mundo nota á don Rufino, el sacristan, armado de un formidable rebenque, moviendo sus escuálidas piernas en persecución de la desafortada banda de pilluelos que corretean á lo largo del átrio; al padre Santtino, obeso, fornido, con su arrugada sotana negra, su sombrero de picos y un *bahía* entre los dientes paseándose frente á la sacristía, y á la eterna nube de los *milords* del barrio, de desmedradas siluetas, paquetes, endomingados, calzándose los guantes, revoleando las varitas ó limpiándose las uñas, todo en medio de un notable abandono *aristocrático*

El clérigo de la mirada inmóvil y de las negras ojeras apaga las luces de los cirios que velan la imágen del santo, y con su bandeja llena de dinero se pierde velozmente camino de la sacristía; la turca *Ala, Ala*, se disputa los miserables centavos de la niñita enferma y del hombre ciego; la viuda de Vieytes con su gran libro de tapas de nácar encendida, sofocada, se abrasa en el hirviente enjambre humano que brota del templo; una señora entrada en años, bajita y gordiflona de lentes calados en la punta de la nariz, amonesta á un mozalvete que durante la ceremonia ha estado riéndose de los aspavientos y las muecas de dos jóvenes seminaristas,—mientras que la mujer de don Pippo, con *Teresina* en sus brazos, sacude, estruja y pellizca á su hija que sigue llorando de inconsolable manera,—y la turba de los inquietos pilluelos, chillona, remolineante, continúa su partido á la mancha aprovechando la ausencia del hombre de la gorra de jockey, sacristan y cocinero de la órden de San Antonio.



EL CASINO

EL CASINO

Para Antonio B. Massiotti

La orquesta ejecuta un aire de ritmo canallesco.

Dos Nanas de resaltantes contornos triunfan en el escenario iluminado por una hilera de husmeantes candilejas.

Observad el cuadro.

Nelly esconde sus puntiagudas caderas en un corpiño de brillantes lentejuelas; Olga luce un fantástico sombrero, sobre cuya ala se cruzan dos plumas ensangrentadas, á manera de diabólicos cuernos.

Nelly hace una pirueta escandalosa, levanta la pierna y el vaporoso vestido de zaraza descubre la redondez del muslo; Olga de ojos fosforantes, inquietos ojos de gata, provocativos, lu-

juriosos, se *desmaya* en el escenario mientras la luz del foco interno descubre sin recelo las líneas de sus altivos senos.

Los *artistas* triunfan.

La sala estalla en aplausos, prolongados, ruidosos, silbidos estridentes que cortan el aire, carcajadas estrepitosas que llenan aquel ambiente de asfixia, una algarabía sin nombre, un bullicio infernal...

Aquel caballero alto, desgarrado, cuya boca rie con una risa de sensualidad exagerada, que se halla al lado de la viciosa Fatziniza, desgastada, consumida, arroja al escenario un gran ramo de flores; ese otro, un vejete crápula, cuyas piernas tiemblan, cuyos ojos chiquitos,—ojos de mico escondidos á la sombra de unas cejas largas y lacias—contemplan azorados el infame balanceo de las caderas de Nelly, —aplaude frenéticamente mostrando al desplegar los labios sus blancas encías desdentadas...

¡Qué cuadro!

Norma, la encanallada Norma, reina de su prostíbulo; cuya caricia se disputan dos docenas de correctos caballeros, tiene todo el aire de una gran dama y luce esa noche todas sus joyas y sus ~~sus~~ *stavios*; Fanny, llena de afeites y coloretos que al sonreirse di-

buja el festejado hoyuelo de su mejilla—la popular querida del doctor Urdimbres;—Lirtte, de ojos cándidos, dulces—la voraz rusa—cuya bien perfilada cabecita se pierde en la desordenada onda de sus cabellos de oro pálido... una zumbona nube de vampiros!..

Allí están en el bullanguero Casino insolentemente arrellenadas, asestando el antejo con la punta de sus enguantados dedos, guiñando los ojos que brillan en los rostros revocados y blanqueados, murmurando, hablándose al oído, llenas de muecas, haciendo mil piruetas escandalosas...

El telón descende en medio de una griteria espantosa para levantarse de nuevo.

La orquesta remata las últimas notas del lascivo *can-can*.

—Que baile otra vez!

—Más arriba esa pierna!

Y se aplaude, censuran los descontentos; los brazos se ajitan en el aire, las sillas, á manera de temibles proyectiles, pasan por encima de la orquesta y van á dar al escenario,—el público grita, silba, chilla, se para, se agolpa, se arremolina,—mientras la destemplada murga (una murga vergonzosa) echa á correr por el aire la bandada de sus destemplantes notas.

Los pasillos y los corredores atestados de mujeres y de hombres...

En la atmósfera un fuerte olor de carne, un violento olor que sofoca, una ola furiosa que llega hasta la garganta y envicia el aire.

Los mozos van y vienen cargados de copas,—las camareras se desgañitan pidiendo á gritos tales ó cuales licores,—una se abre camino en medio de una série de pellizcos y papirotazos; otra se aleja con su bandeja atestada de porrones y botellas; Nina—la celebrada Nina—trata de desembarazarse de la persistente turba de aquellos mequetrefes sin pisca de pelo en la cara, que la asedian, que la mortifican, remolineando en rededor de ella como avejas en rededor de su colmena,—mientras que su inseparable compañera Adela, con la cara sumergida en la sombra, cuenta ávidamente,—(bajo el eco de un prolongado ruido metálico,) las latas numéricas, equivalentes á la crecida série de los billetes de banco recibidos por ella “en aquella noche verdaderamente memorable..”

Observad el cuadro.

Cerrad la nariz á aquellas traspiraciones de la carne, al escitante vapor de los perfumes, á todas esas ráfagas nauseabundas que pasan por encima de las cabezas llenándolo todo; y mi-

rad al señor de la Colina, altanero, engrifado, de largas patillas, reclinado amorosamente sobre el desnudo hombro de la más corrompida de aquellas mujeres; al joven C... temblando de deseo, con la boca seca, los ojos inyectados, casi rendido á los piés de la destronada marquesa de la Polilla... ¡miradlos. sabedlos observar!.. ¡qué gran cuadro el que teneis delante de los ojos!..

—Te espero esta noche...

—No puedo.

—¿Y porque?

—Estoy comprometida.

Giró sobre el taco de sus zapatos de muñeca, pasó la mano por el cabello con instintiva coquetería y se alejó tarareando un aire...

—Tu papá me espera!..



LA AVENIDA DE MAYO

LA AVENIDA DE MAYO

Un calor de incendio. El aire caldeado por el sol, abrasa con sus ráfagas hirvientes. Y en cielo, bajo, incoloro, ruedan grandes nubes plomizas cargadas de agua... Un rumor de colmena, un revoltijo infernal, un negro hormigueo de cabezas.... Rostros abotagados, congestionados y en todas las caras una ola de sangre... Se inflan las coloreadas banderas de los remates que aquí y allá salpican el aire claro; los toldos callejeros de los primeros negocios, blancos como velas de goletas mercantes los unos; oscuros, ligeramente ambarados los otros, mientras que á dos metros de la tierra, estirando de un extremo á otro su verdeante festón movable, las hileras de

los corpulentos plátanos estremecen sus sonnolientos follajes, cuya uniforme cinta negra flanquea la avenida de los palacios....

Allá, en la sombra, la Casa Rosada, maciza, vulgar, sin gracia, apoyada en sus muros enriquecidos por alegorías y símbolos de todos los estilos, como un telón importuno sobre la linda decoración del río; la plaza de Mayo (asaltada ese día á esa hora por una desaforada comparsa de pilluelos y un vergonzoso montón de atorrantes que viven agonizando en sus bancos), de cuyo centro, en medio de los recortados cuadros del césped artificial, marcando sobre el cielo el perfil de su lastimosa silueta, surge la Pirámide, vetusta, descostrada, pobre, coronada en su altura por la figura ideal de la Libertad que nos mira muerta de risa y se yergue sobre ella como un sarcasmo....

A otro límite, los Tribunales, destacando su armazón perniquebrado, agazapándose en la oscuridad, como queriendo sustraerse á la mirada investigadora del pueblo, (que no crée en lo que se administra dentro de sus muros) sobre cuya misma línea, empeñada en alzar su figura airosa, la Municipalidad en estado de quiebra, la mira de reojo, una mirada de profundo ódio,

mirada que podría traducirse en "ya te barreré con mis escobillones".

Las esferas de San Ignacio acaban de cantar horas: dos campanadas estallantes cuya vibración se adormece en la atmósfera para apagarse en el ronco clamoreo que sube al espacio de aquel enjambre de pueblo que lentamente vá engolfándose á lo largo del enredado ovillo de nuestras calles.

Las dos de la tarde...

¡Qué nube de holgazanes, de tontos, de bobalicones, que con las caras atónitas y los ojos clavados en los lamentables escaparates de la "Ciudad de Londres", se detiene en sus veredas, las puebla, se revuelve dentro de ellas, aplaudiendo las crispaduras y los aspavientos de dos estrafalarios Polichinelas!...

Los coches de alquiler ván y vienen; cruzan aquí, pasan disparando allá, sufriendo á cada instante las temibles arremetidas de los vigilantes-fantasmas del escuadrón de seguridad, (unos hombres corpulentos, achinados, de largos sables y engalonados morriones), que arriba de sus caballos destacan en cada esquina sus sombras negras iluminadas por el sol entre irónico y alegre.

Victorias plebeyas, alicaidas, llenas de cortes y rasgaduras, paseadas por yuntas de carnalesco aspecto;

pesados carromatos que se deslizan bajo la chillona música de sus elásticos flojos; equipajes particulares cuyos felices ó infelices dueños acostumbran á mirarse la cara en el espejo de sus deslumbrantes cajas; todo en una confusión indescriptible, en medio de un ruido que ensordece y llena el aire: el traqueo de las cabalgaduras, el remolino de las ruedas, los insolentes diálogos de los aurigas cambiados desde trono á trono bajo el áspero chasquido de las fustas.

Y en el aire claro, relampagueando al sol, cuyo globo enceguedor iba subiendo lentamente en el borroso horizonte cruzado aquí y allá por grandes nubes violáceas y extensas fajas pintadas, como con tinta china, atrevidas cúpulas, derechas y rectas en la enorme altura, acristaladas, apizarradas, rematando en la luminosa varilla de platino; despues de coronar sus gallardos palacetes agujereados por centenares de ventanas que á la distancia les daban el aspecto de gigantescos palomares abandonados.....

El sol reberbera por todas partes: allá léjos fulgura la torre piramidal de un palacio cuyos cristales encendidos por los rayos del astro reproducen sus reflejos cambiantes y movedizos; más allá, sobre el fondo, en un retazo del

cielo color grisáceo, brilla descomponiéndose en mil colores la enorme claraboya de un edificio cuyas últimas líneas se desvanecen en la altura; mientras que á un límite y á otro, en la misma abundosa claridad, los enormes andamiages plagados de albañiles que trepan sobre sus tablas; la hoja de la cuchara que perfila el canto de los ladrillos; los baldes que suben y bajan en medio del chirrido electrizante de las rondanas...

Allá viene una comparsa de avisadores, un escuadrón de holgazanes, una nube de alcoholistas, con sus tableros al hombro, puestos en línea simétrica uno tras de otro, blancos de la risa callejera, víctimas predilectas de los pilluelos y los cocheros; allá pasa un vendedor de barquillos, con el molinete pintado de rojo sobre las espaldas y el martillo sobre el triángulo hasta atormentar con su infernal repiqueteo; allá se desliza un vendedor de helados cuya bronca corneta toca llamada de arrebató á los changadores de las esquinas, á los aurigas detenidos con sus coches en el centro de la calle; á los pilluelos industriales; á toda la avalancha de desocupados que pasean la gran Avenida desde que apunta el sol hasta que cae el crepúsculo con sus cenicientas tintas...

Enormes paredes en demolición, rayadas, agrietadas, cocidas por el sol, desgastadas por las lluvias, empapeladas algunas, despintadas las otras; girones de arpilleras que flamean al viento como tristes insignias de la ruina; allá una espesa nube de tierra que á semejanza de otra de humo, después del estampido estremecedor de la descarga, deja envueltos, de pié y sobre las trincheras, á los soldados de la piqueta civilizadora...

Acá... muchas otras cosas que animan, impresionan y sorprenden.....

Todo se mueve, todo se agita en el despertamiento febril de aquellas horas, dando á ese lugar curioso y sintético, el sello que caracteriza la originalidad de los grandes escenarios.

A un rumbo y á otro y en toda su extensión, interminables hileras de carteles groseramente coloreados; una explosión asombrosa de la fiebre del *recláme*, hojas azules, verdes, amarillas, blancas, encarnadas, luciendo aquella la figura de una mano de chistera; frac rojo y guantes blancos, que aprieta entre sus dientes el cigarro cuya bondad y baratura pregonan á grito de muerte sus agentes ó fabricantes; presentando aquella la extravagante oleografía de un barco cuya proa corta la indómita corriente, que luce una

elevada y arrogante arboladura y tiene á cada costado, estampadas en cifras gordas, muy gordas, abultadas, sobresalientes, el precio de los pasajes de retorno á Génova y Nápoles; y á cualquier parte que los ojos giren, hojas y más hojas, carteles y más carteles, propiedades que dentro de tres días serán sometidas á los afortunados vaivenes del martillo; extensas áreas de campo prontas á incendiarse en medio de la abrumadora indiferencia del público (que no cree en quemazones de esa especie, ni comulga con las tiradas ribombantes y filosóficas del gremio de rematadores)...

Turcos hediondos, que se pasan el día arrastrando sus infames babuchas, que á toda hora pregonan en la enredada lengua el comercio de sus baratijas; mendigos que deslizan las bamboleantes figuras alargando los brazos llenos de hervores y purulencias mientras imploran la caridad pública dejando oír sus plañideras invocaciones; lustradores de botas, (una gritona banda de pilluelos que viven revolcándose sobre las anchas veredas acementadas, que todo lo invaden disputándose el "*charole, charole marchanta*" de la concurrencia); vendedores de diarios que pasan como una exhalación, poniendo el grito en los cielos y detrás del

cliente como de los vehículos, gambetean, van y vienen, pasan haciendo mil cortes y recortes....

.....

.....

Pronto comenzarán á encenderse las bombas del alumbrado eléctrico que al marcar las ondulaciones de la gran calle, delinearán el perfil del rarísimo esqueleto de ese aparato que conocemos bajo el nombre de *montaña rusa*; pronto agujerearán el fondo de las sombras las soberbias lunas artificiales en redor de las cuales danzará como siempre la nube remolineante de los insectos nocturnos; pronto llegará la noche y la destemplada ola de los organitos callejeros á pasear sus melodías atormentadoras, y los ridiculos ciclistas á lucir sus irrisorias figuras, cabalgando sobre las máquinas que mueven sus ruedas por entre las hileras de coches desocupados que pasan rozando el canto de las veredas, mientras sus conductores se entretienen en ofrecerlos á sus clientes y víctimas futuras....

Pronto brillará el gran boulevard iluminado: la luz pondrá sus notas en las cloraboyas de calor; en las alegorías y los símbolos de las fachadas; en la rumorosa copa de los plátanos; en los elevados andamiages hasta borrar sus bruscos manchones sombríos: en los hi-

los del teléfono hasta platear su intrincada red aérea; en todo aquél apretado enjambre de pueblo que se revuelve dentro de sus veredas, se esparce á lo largo de ella, se encrespa en forma de rugientes olas. arrullado por las orquestas de cuerda, por las murgas criminales que entregan al caldeado aire de la atmósfera las notas de sus destemplados instrumentos...

Pronto comenzarán á poblarse las mesas de todos los negocios y en redor de ellas á formar numerosos corrillos los tipos y las figuras mas variadas é interesantes: el Señor de la Rueda— un panzudo corredor de vinos con unos ojos chiquitos metidos como á la fuerza en un rostro encendido por los vapores de la reciente merienda; el Señor Sureda enjuto, cenceño, cuya cabeza puntiaguda y huesosa se movía sin cesar retribuyendo el saludo de sus relaciones; la viuda del ingeniero Ardillas, alta, rozagante, tentadora al lado de sus pequeñas hijas—(tres aflautadas muchachas llenas de monerías y remilgos); el Doctor Oviden, un pobre abogado envejecido en las desesperadas luchas de la profesion, un pleitista endiablado, una rata alborotadora de los juzgados y las alcaldías; el Señor Fernandez que acaba de cruzar la pierna y muestra su hig-lif sembrero té con

leche sobre la corona de su cabeza (un hervidero de proyectos usurarios) los jóvenes; Perez, Barrayalde y Lacolina, tres dependientillos de una casa importadora, paquetes, enlomingados con humos de capitalistas, tres *Forondas* del futuro que esa noche "echarán la casa por la ventana" porque acaban de cobrar sus sueldos y el patrón festejando el cumple-años de su esposa, les ha otorgado tres días de licencia para que se lo pasen con sus respectivas noches fuera del registro....

Y voces de todos los volúmenes, cascadas, roncadas, atipladas, notas que recorren toda la escala, suaves y armoniosas las unas, vibrantes y extentóreas las otras; la fraseología áspera y seca de un alemán que levanta con aire de triunfo un gran vaso de cerveza *bock*; las exéntricas exclamaciones de un inglés, silbantes, como desafinados trinos de flauta; las picarescas notas del italiano, burlonas, sonoras, cadenciosas...

En una ondulación del terreno, sobre el fondo de una hilera de casas y paredones derruidos, la Plaza Lorea, metida dentro del marco de sus raquícos paraísos; mientras que á corta distancia, el hediondo mercado de su mismo nombre, callado, en silencio, sobre cuya misma línea las caballerizas de la Policía se agazapaban bajo

la lluvia de la luz eléctrica de cuya cercana usina se elevaba al aire una columna blanca, muy blanca, una sólida columna de humo, cuyas capas iban desvaneciéndose lentamente en la serenidad del cielo.

El Señor Balines—un hombro de toro, del brazo de su señora cuyos fosos carrillos absorben las líneas de su fisonomía móvil y rara; Norma—la insaciable Norma—luciendo sus ojos agrandados por el *K'ol*, sus labios abermellonados, sus sólidas caderas cimbradoras; Urdinos con unos bigotazos rubios que caracoleaban sobre sus labios gruesos y caídos, revoleando su varita, agotándose en una fraseología vacua, insustancial, luciendo su garbo y su bazarria, paseando su mentirosa figura de hombre rico....

—*Coche, niño, coche!...*

—*La de 200.000 para mañana!.....*

—*Fiori, fiori fresca.....*

—*Una limosnita por amor de Dios.....*

El lotero:

—*Cómpreme un quintito!.....*

La florista:

—*¿Volette una fiori signore?*

El mendigo:

—*Hace tres días que no como!...*

—*Un chopp!*

—*Tres cognac!!...*

Y todo rueda al tormentoso cielo de

la noche: las farsaicas lamentaciones de los pordioseros; la voz fingidamente suave de las floristas; el grito desordenado de los *garçon*; el perforante campanileo de los ciclistas; la oferta puramente imaginativa de los loteros; mientras al rededor de aquella mesa tres señores (que tienen una pajita en la boca y absorben á tragos una copa de *granita*) cuentan horrores de la guerra de Cuba; y otros tres que forman círculo alrededor de la contigua, garantizan que el oro se irá á las nubes antes de muy pocos dias....

El lotero:

— *Cómpreme un quintito!.....*

La florista:

— *¡Vollete una fiori signore?*

El mendigo:

— *Hace tres dias que no como!.....*



ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
PRÓLOGO.....	
El Paseo de Julio.....	5
En Tartagal.....	13
La Plaza Victoria.....	23
Palermo.....	33
Desde la playa.....	45
Croquis.....	57
El conventillo.....	63
Carnaval.....	73
“El Verdi”.....	83
La calle Florida.....	95
Clareando.....	105
Noches de la Opera.....	115
La Boca.....	137
En un mercado.....	147
La misa.....	159
El Casino.....	169
La Avenida de Mayo.....	177

